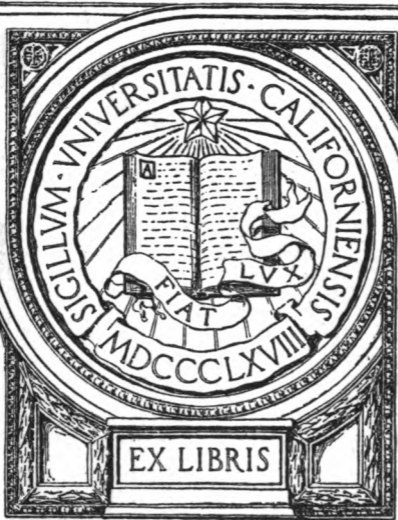


UC-NRLF



\$B 283 954

GIFT OF  
J.C.CEBRIAN



836  
- 007  
h

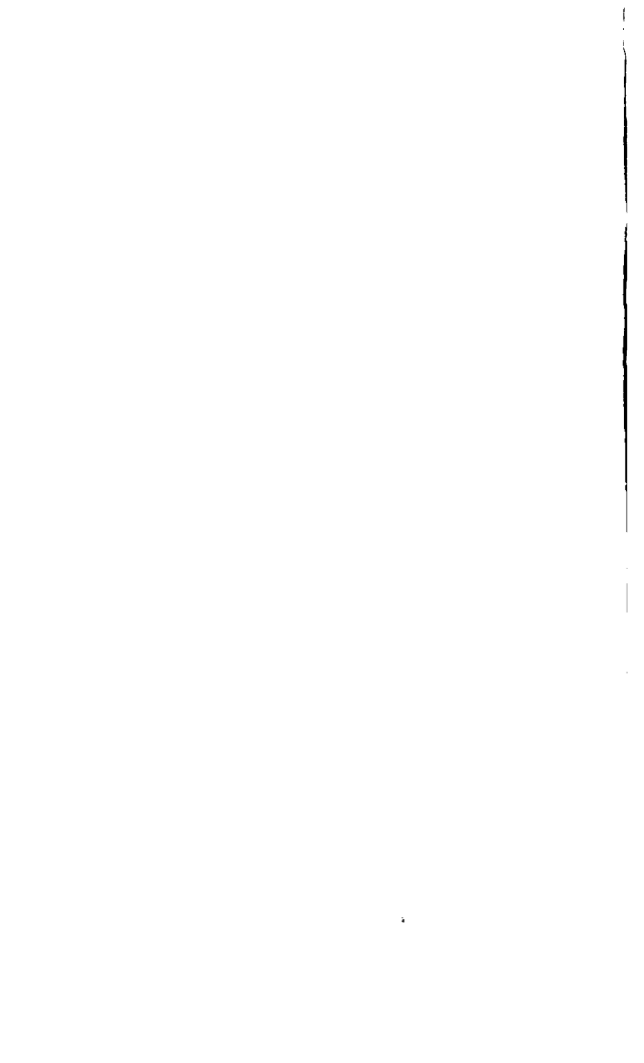














# PUCHKIN

LA HIDALGA CAMPESINA

AZAR EN EL JUEGO

EL DESAFIO

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL RUSO

POR

JULIÁN JUDERÍAS

MADRID

TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBLI. Y MUSEOS»

*Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.*

1916

RESERVATION  
COPY ADDED  
ORIGINAL TO BE  
RETURNED

JAN 30 1994

836  
P9/81  
hr

PG 2349  
S. E. B. J.  
1112  
1111

## AL QUE LEYERE

Los tres cuentos que van a continuación están traducidos directamente del ruso, como lo estarán del idioma original cuantos publicemos en la misma forma. Hacemos esta observación con objeto de que el lector sepa que las traducciones que pensamos ofrecerle de célebres autores extranjeros se diferenciarán de la mayor parte de las publicadas hasta ahora en que no habrán pasado a través de varios idiomas antes de llegar al castellano, sino que se harán con el texto original a la vista y procurando que éste no sufra alteraciones que lo desfiguren hasta el punto de resultar

algo completamente nuevo ó, lo que es peor, totalmente malo.

Y dicho esto, hablaremos del autor de estos tres cuentos. Fué, Alejandro Serguievich Puchkin, uno de los literatos más ilustres que ha producido Rusia. Su mérito consiste, no solamente en el ingenio, en la amenidad, en el arte con que combina las escenas y despierta el interés de los lectores, sino muy principalmente en la belleza del lenguaje, en la pureza del léxico y en la riqueza y variedad de las formas gramaticales. Puchkin fué quien dió al idioma ruso aquel pulimento que hizo de él una de las lenguas literarias más bellas de Europa.

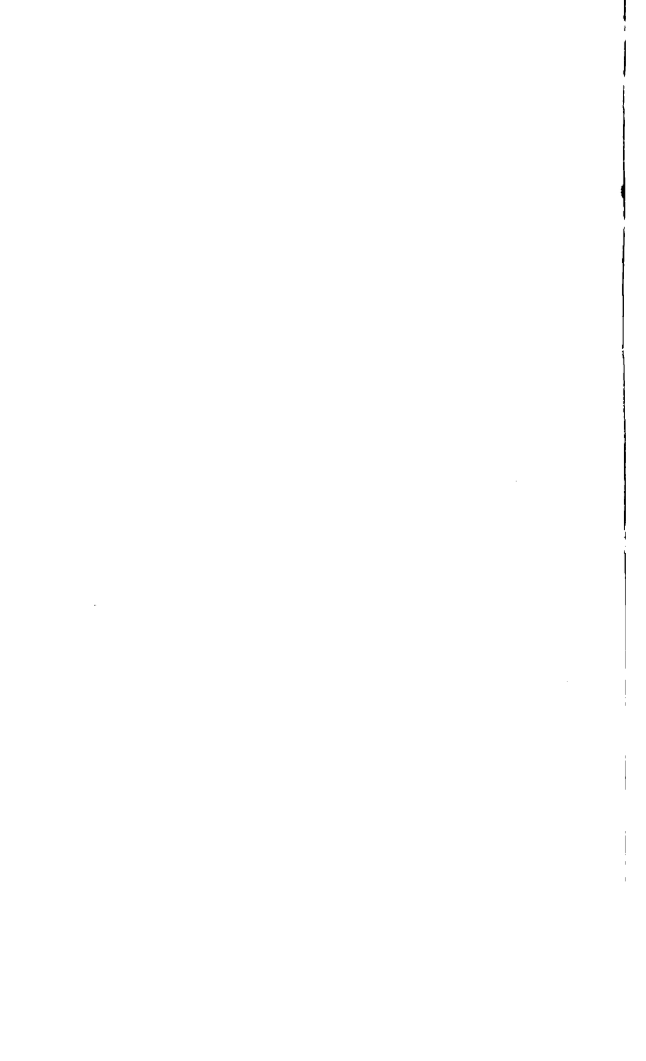
Alejandro Serguievich Puchkin nació en Moscú el 26 de mayo de 1799. Su familia era antigua, distinguida y bien acomodada. Descendía su padre de un embajador del zar Alejo Mijailovich y su madre era nieta del famoso *negro* de Pedro *el Grande*, que tan

importante papel desempeñó en la Corte de este Monarca. Educóse primeramente en casa de sus padres, bajo la férula de ayas y preceptores extranjeros, que le enseñaron el francés y el alemán antes que el idioma ruso. Su padre, que como todos los aristócratas moscovitas de su tiempo sentía gran admiración por los autores franceses, le franqueó su biblioteca y el joven Puchkin representó comedias de Molière y compuso versos en francés antes de saber correctamente la lengua de su patria. Estudió más tarde en el Liceo de Zarskoe Seló y escribió allí su primer poema, que mereció elogios del escritor Derschavin. En 1817 ingresó en el Ministerio de Negocios Extranjeros, sin abandonar por eso el culto de las musas, como lo prueba el poema *Ruslan y Liudmila*, publicado hacia 1820, que le dió fama entre los literatos, pero que no evitó que le enviasen al mediodía de Rusia, a la Oficina de

colonización, en castigo de unos epigramas demasiado ingeniosos. Largo tiempo vivió en las provincias meridionales del Imperio y también en el Cáucaso, siendo sus obras de entonces reflejo de la impresión que le causaron las bellezas naturales de aquellas comarcas. Entre estas obras figuran *El prisionero en el Cáucaso* (1822); *Los hermanos bandoleros* (1827); *Los gitanos* (1826), y el comienzo de su célebre poema *Eugenio Oniéguin*. Disgustos que tuvo con sus jefes motivaron su regreso al centro de Rusia, pasando largo tiempo en un pueblo que pertenecía a su padre, donde escribió *Boris Godunof*. Perdonado por el Emperador, volvió a San Petersburgo, y desplegó pasmosa actividad literaria. De esta época son sus obras tituladas *Poltava*, *Rusalka*, *El convidado de piedra*, *La hija del capitán*, etc., y no pocos trabajos históricos. En 1831 contrajo matrimonio con Natalia Ni-

colaievna Gonchárova, bella y elegante dama, honra y prez de los salones de San Petersburgo y causa indirecta de su muerte, pues las relaciones de esta dama con el barón Dantés, emigrado francés, dieron lugar al desaffo de éste con Puchkin, de resultas del cual falleció el ilustre escritor el 29 de enero de 1837.

Entre sus obras históricas descuella la *Historia de la rebelión de Pugachef*, uno de los episodios más curiosos de los anales del Imperio moscovita, y entre sus obras poéticas, *Eugenio Oniéguin* y *Boris Godunof*.





## LA HIDALGA CAMPESINA

### I

La finca de Iván Petrovich Berestow estaba situada en una de las provincias más recónditas de Rusia. Berestow, que había servido durante su juventud en la Guardia Imperial, pidió el retiro a principios del año 1797, marchó al pueblo de su propiedad y no volvió a salir de él. Su mujer, que pertenecía a una familia pobre, murió de resultas de un parto hallándose él ausente, pero los cuidados de que había menester su hacienda le consolaron pronto de tan dolorosa pérdida, y después de haber construído una casa conforme a un plan ideado por él, puso en sus tierras una fábrica de paños; acrecentó sus ingresos y dió en creerse el hombre de más capaci-

dad de la comarca, en lo que no le llevaban la contraria sus vecinos, puesto que venían a menudo a pasar temporadas en su finca, con sus familias y sus perros. Usaba los días de trabajo un chaquetón de pana, y los de fiesta, una levita de paño, del que se hacía en su fábrica; él mismo llevaba las cuentas, y su única lectura era la *Gaceta del Senado*. En general, le querían, aun teniéndole por orgulloso, y sólo un vecino, Gregorio Ivanovitch Muronsky, estaba en pugna con él. Este individuo era el prototipo del *señor* ruso. Después de dilapidar en Moscú la mayor parte de su fortuna, y de enviudar casi al mismo tiempo, se recluyó al último pueblo que le quedaba, y siguió malgastando el dinero, aunque de distinta manera. El que tenía lo empleó en hacer un jardín a la inglesa; en vestir a sus lacayos con trajes de *jokeys*, en dar a sus hijas una institutriz británica y en labrar sus tierras según el método inglés; pero ha dicho muy bien un poeta que el trigo ruso no crece a la extranjera, y esto lo demostró el hecho de que, aun disminuyendo los gastos consi-

derablemente, los ingresos de Gregorio Ivanovitch no aumentaron y hasta se vió en la necesidad de contraer deudas. A pesar de todo, se creía listo, por haber sido el primer propietario de la provincia que colocó su finca en consejo de tutela, operación que en aquel tiempo se estimaba hábil y atrevida. De cuantos lo censuraban, el que lo hacía con más severidad era Berestow. El odio a las innovaciones era el rasgo principal del carácter de este último, y así, no podía hablar con calma de la anglomanía de su vecino, hallando a cada paso ocasión de criticarle. Cuando enseñaba su finca a los visitantes decía siempre con astuta sonrisa, contestando a los elogios que tributaban a su buena administración:

—Sí, señor, en mi casa no sucede lo que en la de mi vecino Gregorio Ivanovitch. ¿A qué viene eso de arruinarse a la inglesa? ¿No vale, acaso, mucho más tener el estómago lleno a la rusa?

Estas bromas y otras parecidas llegaban a oídos de Gregorio Ivanovitch aumentadas y corregidas, gracias a la diligencia de los vecinos, y daban lugar a que el anglomano se desatase en

críticas tan atrevidas como las de un periodista y a que se enfureciese y calificase de oso y de paleta a su rival.

Tales eran las relaciones existentes entre ambos propietarios cuando llegó el hijo de Berestow, que había terminado sus estudios en la Universidad y hubiera ingresado en el Ejército, a no ser por la oposición de su padre. El joven no gustaba en modo alguno de las carreras civiles, y como ni el hijo cedió ni se ablandó el padre, se quedó el primero en el pueblo, viviendo a lo *señor* y no desperdiciando ocasión alguna de divertirse.

Alejo, que así se llamaba el hijo de Berestow, era lo que se llama un buen mozo. ¡Lástima que el uniforme militar no ciñese su robusto cuerpo, y que su padre quisiera destinarlo a pasar su juventud encorvado sobre los papeles de una Cancillería! Al verlo galopar delante de todos, sin reparar en los baches del camino, los vecinos que iban de caza con él aseguraban que jamás llegaría a ser jefe de Negociado. Las muchachas lo miraban, a veces más de lo conveniente; pero, como Alejo no les hacía caso, suponían todas, a juz-

gar por su indiferencia, que era víctima de alguna pasión misteriosa y contrariada. Una carta cuyo sobre estaba escrito por él confirmó esta suposición. El sobre decía: «A Aculina Petrowna Kurotchkinaya, en Moscú, frente al Monasterio de San Alejo, en casa del calderero Sawelief.»

Aquellos de mis lectores que no hayan vivido nunca en un pueblo no tienen idea de lo encantadoras que son las señoritas que en ellos viven. Educadas al aire libre, a la sombra de los manzanos de sus jardines, no tienen más concepto del mundo y de la vida que el adquirido en los libros. La soledad, la ausencia de cumplidos y la lectura, desarrollan en ellas, en edad temprana, sentimientos y pasiones desconocidos de las hastiadas hermosuras de la ciudad. Para las señoritas campesinas el tañido de las campanas es casi una aventura: una excursión a la ciudad más próxima forma época en su vida y la llegada de un huésped da lugar a recuerdos inolvidables y a veces eternos. Ríase el que guste de sus rarezas, que también las tienen; pero las bromas de un observador superficial

no serán nunca eficaces a destruir lo que constituye lo esencial en las personas, y muy especialmente lo que constituye la individualidad, sin la cual, como dice Jean Paul no puede haber grandeza en el hombre. En las grandes poblaciones, las jóvenes quizás reciben mejor educación; pero los hábitos de sociedad igualan los caracteres de tal suerte, que las almas resultan idénticas, y tan uniformes como los tocados. Y esto lo decimos sin ánimo de ofender a nadie.

Por esta razón, fácil es comprender el efecto que produciría el hijo de Berestow en las señoritas de la localidad. Era el primero que se ofrecía a sus ojos haciendo alarde de melancolías y de desilusiones; era el primero que les hablaba de felicidades perdidas para siempre y de una juventud agostada en su flor... Es más, llevaba un anillo negro con una calavera. Todo esto era tan nuevo en aquella provincia, que las señoritas se volvieron locas por él.

La que más pensaba en Alejo era la hija del anglomano, Lisa o Betsi, como solía llamarla Gregorio Ivano-

vitch. Los padres no se visitaban; ella no había visto aún al objeto de sus cavilaciones; pero las amigas no hacían más que hablar de él. Lisa tenía diez y siete años, era morena, de ojos negros y extremadamente simpática. Como hija única estaba muy mimada; de suerte que su descaro y sus diabluras encantaban a su padre y desesperaban a su institutriz, miss Jakson, solterona de cuarenta abriles, muy pedante, que se pintaba el rostro, se teñía las cejas, leía dos veces al año la historia de Pamela y se moría de aburrimento en aquel país de bárbaros, como ella decía.

La doncella de Lisa se llamaba Nastia, y aunque tenía más años que su señorita era tan loca como ella. Lisa la quería mucho, le contaba todos sus secretos y le comunicaba sus diabluras: hasta el punto de que Nastia era en la aldea de Prilutschin un personaje mucho más importante que la actriz favorita del público en la Comedia Francesa. Cierta día le dijo Nastia a su señorita, a tiempo que la ayudaba a vestirse:

—Permítame usted que vaya hoy á hacer una visita.

—Permitido. ¿Adónde vas?

—A Tugilof, a casa de Berestow; la mujer del cocinero está de días y ayer nos convidó a comer.

— ¡Muy bien! — exclamó Lisa —. Los señores están peleados y los criados se convidan.

—Y nosotros ¿qué tenemos que ver con los señores? — replicó Nastia—. Además, yo le pertenezco a usted y no a su papá. Me parece que todavía no se ha peleado usted con el hijo de Berestow. Si a los viejos les agrada estar de malas, por mí que lo estén.

—Haz todo lo posible por ver a Alejo Berestow, Nastia—dijo Lisa—. Así podrás decirme luego qué tal es y si es cierto lo que cuentan.

Nastia prometió hacerlo, y su señorita esperó su regreso con extremada impaciencia. Nastia volvió cuando ya era de noche.

—Sabrá usted, Lisabet Gregoriewna—dijo al entrar en el cuarto—, que he visto al joven Berestow; y que le he mirado muy despacio, porque todo el día hemos estado juntos.

—¿Cómo? A ver, cuéntame; pero cuéntame las cosas por su orden.



— Pues verá usted: fuimos allá Anisia Yegorowna, Nenila, Dunka...

— ¡Lo sé, lo sé! Y después ¿qué?...

— Permítame usted que cuente las cosas como fueron. Pues bien, llegamos a la hora del almuerzo. La habitación rebosaba gente. Estaban allí los hortelanos, los jardineros, la mandadera con sus hijas, el...

— Bueno, ¿y Berestow?

— A eso voy. Nos sentamos a la mesa: la mandadera en el sitio de preferencia, después yo...; las hijas de la mandadera se pusieron furiosas, pero yo me río de ellas y de otras...

— ¡Ay, Nastia, qué pesada te pones con tus eternas simplezas!

— ¡Y usted qué impaciente es!

— Pues bien, estuvimos en la mesa así como tres horas. ¡Y qué comida! Empanadas de todas clases... Después nos levantamos y fuimos al jardín a jugar a la gallina ciega. Allí fué también el señorito...

— Bueno, ¿y qué?... ¿Es tan guapo como dicen?

— ¡Guapísimo! Un real mozo. Robusto, alto, coloradote...

— ¿De veras? ¡Y yo que creía que

era pálido! ¿Y qué te pareció? ¿Estaba triste, pensativo...?

—¡Jesús! ¡Qué idea! En mi vida he visto muchacho más chistoso. Estuvo jugando con nosotras a la gallinita ciega...

—¿Con vosotras? ¡No es posible!

—Y tan posible. Y no fué eso lo único que sucedió, sino que a la que cogía le daba un beso.

—¡Mientes, Nastia!

—No miento, señorita; si hubiese usted visto lo que tuve que forcejear para que me soltase... Todo el día lo pasó con nosotras.

—No es posible... Si dicen que está enamorado y que no mira a nadie.

—Lo que es a mí, bien me miró, y a Tania, la hija del mandadero, y a Pascha, la hija del hortelano. La verdad es que no molestó a nadie.

—¡Parece mentira! ¿Y qué dicen de él en la casa?

—Dicen que es muy bueno y muy alegre. Lo malo es que le gusta demasiado correr detrás de las muchachas; pero a mi modo de ver esto no es ningún defecto y se le pasará con el tiempo...

—¡De qué buena gana le vería!  
—exclamó Lisa suspirando.

—Pues de usted depende. Tugiloff no está lejos; total, son tres verstas, Sale usted a pie o a caballo, como si fuese de paseo, y de seguro se lo encontrará usted en el camino. Todas las mañanas temprano se va de caza con la escopeta al hombro.

—No, eso no está bien. Puede figurarse que voy a buscarle. Lo malo es que como nuestros padres están enfadados, me quedaré sin conocerle. Nastia, ¿sabes una cosa? ¡Me disfrazaré de campesina!

—¡Magnífica idea! Se pone usted una blusa de tela burda, una falda colorada y se va usted a Tugiloff. Le aseguro que no por eso dejará Berestow de mirarla.

—Además, sé imitar muy bien el habla de los campesinos. ¡Ay! Nastia! ¡Qué idea más soberbia!

## II

Lisa se acostó aquella noche con el firme propósito de llevar a cabo su plan, costase lo que costase. Al día siguiente, comenzó a prepararlo todo. Mandó que le comprasen una falda de paño burdo, un pañuelo de seda y con auxilio de Nastia se hizo un traje de campesina, obligando a todas las criadas a que trabajasen sin levantar cabeza. Al anochecer estaba todo listo. Lisa se probó el traje delante del espejo, se persuadió de que nunca había estado más guapa y ensayó el papel que tenía que representar, haciendo reverencias al estilo paleta, moviendo la cabeza como ciertas figuras de porcelana, hablando a lo patán, ocultando el rostro con la manga al reírse y mereciendo, en una palabra, la plena y entera aprobación de Nastia. Sólo una cosa la preocupó; ensayó ir descalza por el patio, pero la hierba enrojeció sus delicados pies y no pudo soportar los pinchazos de los guijarros. Nastia la sacó nuevamente de aquel atolladero. Le tomó medida del

pie y se fué a escape al campo encargando a un pastor que le hiciese un par de zuecos. Al otro día, cuando los rayos del sol no habían disipado aún las tinieblas de la noche ya estaba despierta Lisa. Todos dormían en la casa. Nastia esperó en la puerta a que pasase el pastor. Sonó el cuerno y los aldeanos comenzaron a desfilar ante la casa señorial. El pastor entregó a Nastia un par de diminutos zuecos, y recibió en recompensa medio rublo. Lisa se vistió sin hacer ruido, dió a Nastia instrucciones referentes a miss Jackson, salió por la puerta falsa y después de cruzar el huerto, se halló en pleno campo.

Los primeros arreboles del amanecer iluminaban el Oriente y un grupo de doradas nubes parecía esperar la llegada del sol como los cortesanos la del monarca; la claridad y la pureza del cielo, la frescura del ambiente, el perfume de las flores, la suave caricia del viento y el gorjeo de los pájaros, hicieron que el corazón de Lisa rebosase juvenil alborozo. Temiendo encontrarse con algún conocido, no andaba sino que volaba y sólo al acer-

carse al bosquecillo que servía de límite a la finca paterna, acertó el paso, porque allí era donde debía esperar a Alejo. Su corazón latía con violencia sin saber por qué. El riesgo que siempre acompaña a nuestras empresas juveniles constituye su mayor encanto. Lisa penetró bajo los árboles y el murmullo de éstos pareció darle la bienvenida. La alegría de la joven se calmó y se convirtió en cavilación.

Pensó... pero ¿acaso es posible decir con certeza en qué podía pensar una muchacha de diez y siete años sola en un bosquecillo, a las seis de la mañana de un día de primavera? Caminó buen trecho, sumida en reflexiones, cuando de pronto un hermoso perro corrió ladrando hacia ella al propio tiempo que una voz masculina decía: *Tout beau, Sbogar, ici*, y que un cazador joven surgía de entre las matas.

—No tengas miedo, hermosa —exclamó dirigiéndose a Lisa—. Mi perro no muerde.

La joven se había repuesto del susto y supo aprovechar las circunstancias.

—Señorito —respondió entre recelosa y tímida—, me da miedo; ¿no ves qué malo es? Ya vuelve a ladrar otra vez.

Alejo (el lector le habrá conocido ya) no apartaba los ojos de la campesina.

—Te acompañaré si tienes miedo —le dijo—; ¿me permites que vaya a tu lado?

—Y ¿quién va a impedirlo? —replicó Lisa—. La voluntad es libre y el camino es de todos.

—¿De dónde eres?

—De Prilutchin; soy hija del tío Basilio y voy a coger setas. (Lisa llevaba una cestita en la mano.) ¿Y tú de dónde? De Tugiloff, ¿no es verdad?

—Así es, soy el ayuda de cámara del señorito —respondió Alejo—, queriendo igualar su condición a la de la joven.

Esta se echó a reír.

—¡Mentira! —dijo—. ¿Te crees que soy tonta? El señorito eres tú.

—¿Por qué crees eso?

—Por todo.

—Sin embargo...

—¿Cómo se ha de confundir al se-

ñorito con el criado? El traje no es el mismo y el modo de hablar es distinto, y al perro lo llamas en una lengua que no es la nuestra.

Lisa le iba gustando cada vez más a Alejo, y como estaba acostumbrado a no gastar cumplidos con las campesinas que le agradaban, quiso darle un abrazo; pero la joven dió un salto atrás y se puso tan seria que su acompañante no se atrevió a insistir.

—Si quiere usted que seamos amigos —exclamó Lisa—, tenga la bondad de reportarse.

—¿Quién te ha enseñado a decir eso? —preguntó Alejo echándose a reír—. ¿Será acaso mi amiga Nastia, la doncella de la señorita de tu pueblo? ¡Luego dirán que nuestras labriegas no saben expresarse!

Lisa comprendió al punto que había abandonado el papel que le correspondía y trató de corregir la falta cometida.

—¿Qué te crees —repuso—, que no voy nunca a casa de los señores? No tengas cuidado, que lo veo todo y todo lo observo y cuanto oigo se me queda impreso. Pero hablando contigo no



cojo setas. Vete por un lado que yo me iré por otro. Hasta la vista.

Diciendo estas palabras quiso alejarse; pero Alejo la cogió por un brazo.

—¿Cómo te llamas, alma mía?

—Aculina —respondió Lisa—, tratando de recobrar su libertad—. Déjame, que ya es hora de volver a casa.

—Pues, amiga Aculina, le haré, sin falta, una visita a tu padre, el señor Basilio.

—¿Qué estás diciendo? —contestó Lisa—. No vengas, por Dios. Si averiguan en mi casa que he estado charlando en medio del campo a solas con el señorito, mi padre me mata a palos.

—Pues yo quiero volver a verte.

—Ya vendré aquí alguna que otra vez en busca de setas.

—Pero ¿cuándo?

—Quizás mañana.

—Eres un encanto, Aculina. De buena gana te daría un beso, pero no me atrevo. De modo que mañana a esta hora, ¿no es verdad?

—Sí, sí.

—¿No me engañarás?

—No.

—Júramelo.

—Por esta cruz...

Los jóvenes se separaron. Lisa salió del bosque, atravesó el campo, penetró en el jardín y se fué a escape al sitio donde la estaba esperando Nastia. Se cambió allí de vestido y, después de responder distraídamente a las preguntas de la impaciente y curiosa doncella, pasó al salón. La mesa estaba puesta, la comida esperaba a los señores y miss Jackson, vestida y compuesta, se entretenía en pintar. El padre celebró el paseo matinal de su hija.

—No hay nada más saludable —dijo— que respirar el ambiente de la mañana.

Y añadió a esta sentencia unos cuantos ejemplos de longevidad leídos en periódicos ingleses, haciendo observar que todos los que han pasado de los cien años nunca bebieron aguardiente y se levantaron al amanecer, lo mismo en verano que en invierno.

Lisa no prestaba atención a sus palabras. Allá, en su fuero interno, recordaba todos y cada uno de los incidentes de su entrevista con Alejo, su conversación con él, y la conciencia

empezaba a remorderla. En vano se dijo que el diálogo entre ambos no había traspuesto los límites de la más exagerada inocencia y que aquella broma no podía tener consecuencias de ningún género; su conciencia clamaba más alto que su razón. La cita que le había dado para el día siguiente fué lo que más la atormentó y a punto estuvo de decidirse a no acudir a ella, pero pensó que Alejo, después de esperarla en vano, podía muy bien llegarse al pueblo y buscar a la hija del tío Basilio, a la verdadera Aculina, y al ver que era una moza de buenas carnes y más basta que la jerga, caer en la cuenta de su diablura. De tal modo la asustó este pensamiento, que acto seguido resolvió presentarse en el bosquecillo apenas rayase el alba.

Alejo, por su parte, estaba encantado y pasó el resto del día pensando en su nueva y encantadora amiga, cuya imagen le persiguió en sueños. Apenas apuntó el alba se vistió y sin detenerse a cargar la escopeta se echó al campo seguido de su perro y pronto llegó al lugar de la cita. Cosa de media hora pasó en angustiosa espera;

por fin columbró a través de los arbustos un corpiño azul y se lanzó a su encuentro. La joven se sonrió al observar su apasionado agradecimiento, pero en su rostro había muestras inequívocas de inquietud y de tristeza que no pasaron inadvertidas para el joven, que se apresuró a averiguar el porqué. Lisa le manifestó que consideraba una ligereza el paso que había dado acudiendo a la cita, que estaba arrepentida de él, que por aquella vez no había querido faltar a su palabra, pero que aquella sería la última que se verían a solas y que le rogaba no pretendiese llevar adelante una amistad que a nada bueno podía conducirles. Todo esto lo dijo, como es natural, en dialecto del campo, pero Alejo no pudo menos que sorprenderse ante aquellas ideas y aquellos sentimientos, tan raros en una moza ordinaria e ignorante, y echando mano de su elocuencia se propuso hacer que la muchacha renunciase a su designio, persuadiéndola de cuán inocentes eran sus aspiraciones, prometiéndole no dar lugar jamás a quejas ni a arrepentimientos y atemperarse en un todo a lo que

ella quisiera y rogándole por último que no le privase de su único consuelo, que no era otro que el verla a solas, aunque no fuese más que un día sí y otro no, o por lo menos, dos veces a la semana. En una palabra, se expresó en el lenguaje que la pasión suele emplear, pudiendo asegurarse que en aquel instante estaba real y verdaderamente enamorado. Lisa escuchó sin interrumpirle.

— Dame palabra — exclamó — de que no me buscarás nunca en el pueblo, de que no preguntarás jamás por mí y de que no querrás que acuda a más citas que las que yo misma te dé.

Alejo iba a jurárselo por lo más sagrado, pero ella le detuvo diciendo:

— No necesito juramentos. Me basta tu palabra.

Después, pusiéronse a charlar amistosamente, paseándose por el bosque hasta que Lisa dijo que era ya hora de separarse. Así lo hicieron, y al quedarse solo, Alejo no logró explicarse por qué arte de encantamiento una moza ignorante y rústica había logrado, con sólo dos entrevistas, ejercer sobre él tan decisivo influjo. Sus

relaciones con Aculina tenían un encanto especial: el de la novedad; y por más que las condiciones impuestas por la caprichosa aldeana se le antojasen un tanto fuera de razón, ni siquiera le pasó por la mente la idea de faltar a lo prometido, porque era un buen chico, limpio de corazón y capaz de apreciar los placeres más inocentes, a pesar de su lúgubre sortija, de sus misteriosas cartas y de sus alardes de desesperación.

### III

Si me dejase llevar de una de mis inclinaciones favoritas aprovecharía la ocasión presente para describir con minuciosos detalles las entrevistas de nuestros jóvenes, la recíproca simpatía que se demostraban, la confianza con que acudían a las citas, sus ocupaciones y diálogos; pero sé que la mayor parte de mis lectores no participan de mis gustos y que todos esos detalles les parecerían ociosos, y así hago caso omiso de ellos y digo en breves palabras que no pasaron dos

meses sin que Alejo estuviese perdidamente enamorado de Lisa, y sin que Lisa le correspondiese con cierta frialdad, que procedía de su carácter y no de su corazón. Ambos eran felices y no pensaban ni poco ni mucho en lo por venir. La idea de unirse en indisolubles lazos les pasó más de una vez por la imaginación; pero jamás hablaron de semejante cosa, por razones tan claras como evidentes. Alejo, por muy enamorado que estuviese de la encantadora Aculina, no dejaba de comprender la distancia que le separaba de una pobre labriega; y Lisa, que sabía la enemiga existente entre sus padres respectivos, no se atrevía a esperar una reconciliación entre ambos. Además de esto, la romántica esperanza de ver al propietario de Tugiloff a los pies de la hija de un labriego de Prilutchinsk, halagaba secretamente el amor propio de Lisa.

De la noche a la mañana un suceso de la mayor importancia estuvo a punto de perturbar las relaciones de nuestros enamorados.

En una de esas mañanas claras, pero frías, que tan frecuentes son en

el otoño ruso, Iván Petrovitch Berestow salió a pasearse a caballo, llevando consigo, por lo que pudiera suceder, tres pares de lebreles, un palafrenero y unos cuantos chiquillos con carracas. A la misma hora, Gregorio Ivanovitch Muronsky, seducido por la hermosura del día, mandó que le ensillasen la yegua y, caballero en ella, púsose a recorrer sus britanizadas posesiones.

Llegado que hubo al bosque que les servía de límite divisó a su vecino, el cual, montado majestuosamente en su potro, con un abrigo de piel de zorro, apuntaba a un conejo que salía presuroso de entre las matas, asustado por los gritos de los chiquillos y el son de las carracas.

Si Gregorio Ivanovitch hubiera podido prever este encuentro, seguro es que jamás hubiera dirigido hacia aquel lado su cabalgadura; pero advirtió demasiado tarde la presencia de su rival y se encontraba a corta distancia de él.

¿Qué iba a hacer? Muronsky, como hombre civilizado que era, se aproximó a Berestow y le saludó con extremada cortesía, a la que aquél respon-



dió con entusiasmo parecido al de un oso que saluda al respetable público por mandato de su amo.

En este momento salió un conejo del bosque y echó a correr a campo traviesa. Berestow y su palafrenero gritaron, soltaron los perros y lanzaron sus caballos al galope. El de Muronsky, que jamás había estado en cárceles, se asustó y la emprendió al galope. Su jinete, que se preciaba de montar a la perfección, le dió riendas, felicitándose de un incidente que lo desembarazaba de una compañía desagradable; pero su yegua llegó a todo correr al borde de un barranco, y reparando el peligro, se echó repentinamente atrás, despidiéndole de la silla. Cayó Muronsky sobre la tierra endurecida por el frío, echando dos mil maldiciones a la yegua que en tal trance lo había puesto, y que comprendiendo su locura, se había parado al sentirse sin jinete. Iván Petrovitch acudió presuroso en auxilio de su rival y le preguntó si se había lastimado, en tanto que el palafrenero cogía la yegua de la rienda y ayudaba al caído a ponerse en la silla.

Berestow invitó a su vecino a que descansase un instante en su casa, y como éste no pudo excusarse, comprendiendo que debía demostrarle algún agradecimiento, Berestow se hizo con la gloria de haber muerto a un conejo y de traerse a su contrario herido y casi prisionero.

Ambos vecinos almorzaron, charlando amistosamente. Muronsky rogó a Berestow que le prestase un coche, pues no se hallaba en condiciones de volver a su casa a caballo, y su huésped le acompañó hasta la puerta de su finca, no sin haberle prometido ir a comer un día a Prilutchin en compañía de su hijo. De esta suerte, la antigua enemistad que entre ambos existía estuvo a punto de acabar, gracias al susto de la yegua.

Lisa corrió al encuentro de su padre.

—¿Qué le pasa?—exclamó poseída de asombro—. ¿Por qué cojea usted? ¿Dónde está su caballo? ¿De quién es este coche?

—De seguro que no lo adivinas, *my dear*—le respondió Gregorio Ivanovitch—. Y al punto le contó lo sucedido.

Lisa no daba crédito a sus oídos, y su padre, sin darle tiempo a reponerse de su asombro, le participó que al día siguiente vendrían a comer los dos Berestow.

—¿Qué dice usted?—exclamó Lisa, palideciendo—. ¿Los Berestow, padre e hijo? ¿Vendrán a comer con nosotros? No, papá; haga usted lo que quiera, pero eso no lo consiento.

—¿Te has vuelto loca o qué?—le replicó el padre—. ¿Será cosa que de la noche a la mañana te hayas vuelto tímida? ¿O es que, siguiendo el ejemplo de las heroínas de novela, sientes por el joven Berestow un odio heredado de tu padre? Basta de sandeces...

—¡Pues yo, por nada de este mundo me presento ante ellos!

Gregorio Ivanovitch se encogió de hombros y no quiso discutir más, sabiendo que con ello no lograría absolutamente nada y se retiró a descansar de su memorable paseo.

Lisa Gregoriowna se encerró en su cuarto después de haber llamado a Nastia, y ambas discutieron durante largo rato las consecuencias de la proyectada visita.

—¿Qué pensará Alejo—se decía Lisa—, si ve que su Aculina y la señorita de la casa son una misma persona? ¿Qué concepto formará de mi conducta, de mi educación y de mi juicio?

Por otra parte, no le desagradaba ver el efecto que tan inesperada entrevista produciría en el joven. De pronto se le ocurrió una idea, la consultó con Nastia y ambas se rieron muchísimo y decidieron ponerla en práctica.

#### IV

Al día siguiente, durante el almuerzo, Gregorio Ivanovitch preguntó a su hija si estaba resuelta a encerrarse en su habitación cuando llegaran los Berestow.

—Papá—contestó Lisa—, los recibiré si usted quiere, pero con una condición: la de que no se enfadará usted conmigo, ni demostrará asombro por la manera como yo tenga a bien presentarme ante sus huéspedes.

—¿Tienes ya pensada alguna dia-

blura?—dijo sonriéndose el padre—. Bueno, sea como quieras; estoy conforme; haz lo que te parezca, tunantilla de ojos negros.

Al decir esto le dió un beso en la frente y Lisa fué a vestirse para la recepción.

A las dos en punto de la tarde, una calesa, de construcción doméstica, tirada por seis caballos, penetró en el patio y rodó por el paseo, en torno del macizo de espeso césped que lo adornaba. El viejo Berestow subió la escalinata con auxilio de dos lacayos que llevaban la librea de Muronsky y habiendo llegado su hijo detrás de él a caballo, penetraron juntos en el comedor, donde ya estaba puesta la mesa. Muronsky recibió a sus vecinos con extremada amabilidad, les invitó a que viesen su jardín antes de la comida y les condujo por senderos cuidadosamente trazados y cubiertos de arena. El viejo Berestow se dolía interiormente de todo aquel trabajo que de nada servía y de todo aquel tiempo perdido lastimosa e inútilmente en tamañas pequeñeces; pero se calló por cortesía.

Su hijo no participaba ni del disgusto de su padre ni de la satisfacción del anglomano, sino que esperaba con impaciencia la aparición de la señorita de la casa, acerca de la cual le habían contado muchas cosas, pues por más que su corazón, como ya sabemos, pertenecía a otra, las mujeres hermosas tenían derecho siempre a ocupar su imaginación.

Llegados a la sala, sentáronse los tres, y mientras los viejos recordaban los pasados tiempos y contaban anécdotas de la época en que ambos servían en el Ejército, Alejo reflexionaba acerca del papel que tenía que representar delante de Lisa.

Determinó que lo mejor era adoptar primero una actitud fría y después la que las circunstancias impusieran. La puerta se abrió; volvió la cabeza con tal indiferencia, con tan orgullosa frialdad, que el corazón de la más coqueta hubiera debido estremecerse.

Desgraciadamente, en vez de Lisa entró la anticuada miss Jackson, y el hábil movimiento estratégico de Alejo se perdió sin provecho. Aún no había tenido tiempo de rehacerse cuando la

puerta se abrió nuevamente y aquella vez la que entró fué Lisa.

Todos se pusieron en pie y el padre iba a empezar las presentaciones cuando de pronto se detuvo y se mordió apresuradamente los labios... Lisa, que era morena, se había pintado de blanco hasta las orejas y teñídose las cejas aún más exageradamente que miss Jackson.

No era esto sólo, sino que se había puesto un añadido de rizos más claros que sus propios cabellos, de suerte que llevaba una especie de peluca; las mangas de su traje eran *à l'imbécile* y más parecían faldas que mangas y estaba vestida de tal suerte que su cintura parecía la de una avispa y su cuerpo recordaba la letra equis.

Todos los brillantes de su madre, que no se habían empeñado, resplandecían en sus orejas, cuello y dedos.

¿Cómo iba Alejo a creer que aquella pretenciosa y cursi señorita y su Aculina eran una misma persona? El anciano Berestow se acercó a ella y le besó la mano, y su hijo, aunque de mal grado, tuvo forzosamente que imitarle. Al aproximar sus labios a

los diminutos dedos de la joven, le pareció que éstos temblaban ligeramente.

El pie de Lisa, calzado de propósito con suma coquetería, fué lo único que lo reconcilió un tanto con el resto de la indumentaria. Por lo que hace al blanquete y al tinte de las cejas, hay que confesar que Alejo, que al fin y al cabo era sencillo de corazón, ni los notó al principio ni lo sospechó después. Gregorio Ivanovitch recordó su promesa y se esforzó en no demostrar asombro; pero la diablura de su hija le pareció tan ingeniosa, que apenas si podía contener la risa. La que no estaba muy propicia a ella era la pretenciosa miss Jackson, que al punto adivinó la procedencia de los colores empleados por Lisa y se encolerizó hasta el punto de que el carmín de sus mejillas se hizo visible a través de la artificial palidez de su rostro. De cuando en cuando lanzaba a su discípula miradas furibundas; pero Lisa, dejando las explicaciones para cuando hubiese lugar a ellas, aparentó no darse cuenta de nada.

Sentáronse a la mesa, y Alejo con-



tinuó haciendo el papel de un hombre desengañado de la vida, indiferente y amigo de sumirse en meditaciones. Lisa hacía muchos gestos, hablaba con los dientes cerrados y no empleaba más idioma que el francés. La inglesa estaba furiosa y callaba. El único que estaba a sus anchas era Iván Petrovitch, pues comió a lo heliogábalo, bebió lo que tenía por costumbre, se rió con naturalidad, y a medida que transcurrían las horas, hacía se más locuaz y más alegre.

Por último, se levantaron de la mesa; marcháronse los huéspedes y Gregorio Ivanovith dió rienda suelta a la risa y a las preguntas.

—¿Por qué has querido divertirte a costa de ellos?—preguntó a Lisa—. ¿Sabes una cosa? El blanquete te sienta muy bien, y por más que no quiera yo penetrar en los misterios del tocador femenino, si estuviese en tu lugar me pintaría de blanco; claro es que no mucho, pero sí un poco.

Lisa, encantada de su plan, le prometió no echar en saco roto su consejo y corrió a hacer las paces con la encolerizada miss Jackson, que a duras

penas consintió en abrirle la puerta de su cuarto y en escuchar sus razones. Lisa le manifestó que habiendo tenido precisión de parecer afectada a los ojos de aquellos señores y no atreviéndose a pedirle lo que necesitaba, habíalo tomado ella misma, confiando en que miss Jackson, como era tan buena, la perdonaría... La inglesa se convenció de que su discípula no había querido burlarse de ella; se tranquilizó, abrazó a la joven y en prenda de perdón le regaló un tarrito de blanquete inglés, que Lisa aceptó con muestras de profundo agradecimiento. Sin que yo lo diga, adivinará el lector que Lisa no faltó al día siguiente a la cita en el bosquecillo.

—¿Ayer estuviste en casa de mis señores, no es verdad?—le preguntó a Alejo apenas se saludaron—. ¿Qué tal te ha parecido la señorita?

Alejo respondió que ni siquiera la había mirado.

—Es lástima—replicó Lisa.

—¿Por qué?

—Porque quería preguntarte si es verdad lo que dicen...

—¿Qué es lo que dicen?

—Que yo me parezco a ella.

—¡No faltaba más! ¡A tu lado la señorita de tu pueblo parece un monstruo!

—¡Válgame Dios! ¿No te da vergüenza hablar así? ¡Mi señorita es tan elegante, tiene el cutis tan blanco!... ¿Cómo voy yo a compararme con ella?

Alejo le juró por todos los santos del cielo que valía más que todas las señoritas de la comarca juntas y separadas, y a fin de tranquilizarla por completo comenzó a describir a su señorita con tales exageraciones, que Lisa se reía a carcajadas.

—Sin embargo—dijo suspirando—, la señorita será todo lo ridícula que tú quieras; pero así y todo, a su lado yo, no soy más que una pobre ignorante.

—¡Vaya una cosa! —exclamó Alejo—. ¿Y te preocupas por eso? Si quieres yo te enseñaré a leer y a escribir.

—No estaría mal —repuso Lisa—; sería cosa de ensayarlo.

—Cuando quieras, hermosa mía; ahora mismo podemos empezar.

Sentáronse ambos; Alejo sacó del bolsillo un lápiz y un libro de memorias y Aculina aprendió el alfabeto

con pasmosa rapidez. Alejo no pudo menos de asombrarse de su inteligencia. Al siguiente día quiso ella que Alejo le enseñase a escribir, y aunque al principio no le obedeció el lápiz, apenas transcurrieron unos minutos dibujaba las letras con bastante limpieza.

—¡Parece mentira! —exclamó Alejo—. Nuestros estudios van más de prisa que si empleásemos el sistema de Lancáster.

Así era, en efecto, porque a la tercera lección Aculina deletreaba ya perfectamente el cuento titulado *Natalia, la hija del Boyardo*, e interrumpía la lectura con observaciones que asombraban a Alejo, llenando una plana entera con frases entresacadas de este cuento.

Al cabo de una semana se estableció una correspondencia entre nuestros jóvenes. La oficina postal fué el hueco de una encina. Nastia hacía secretamente de cartero. Allí llevaba Alejo sus epístolas escritas en gruesos caracteres, y allí encontraba las de su amada, escritas en tosco papel azulado, con letra irregular. Aculina se iba acostumbrando, por lo visto, a escri-

bir correctamente y se notaba que su inteligencia poco a poco se desarrollaba y se hacía más culta.

Entre tanto la reciente amistad de Iván Petrovitch y de Gregorio Ivanovitch se había fortalecido, y de allí a poco se convirtió en intimidad. Muronsky pensaba a veces que a la muerte de Iván Petrovitch toda su fortuna pasaría a manos de Alejo Ivanovitch y que entonces este último sería uno de los propietarios más ricos de la comarca, a quien no habría que poner ningún reparo si quisiera casarse con Lisa. El viejo Berestow, por su parte, aunque seguía creyendo que su amigo tenía algo de loco, mejor dicho, que estaba poseído de lo que él llamaba tontería inglesa, no podía menos de confesar que no le faltaban cualidades excelentes, entre ellas la de tener agudeza de ingenio. Gregorio Ivanovitch era próximo pariente del conde Prons-ky, persona conocida y de gran influencia, que podía ser de gran utilidad a Alejo, y Muronsky se figuraba que Iván Petrovitch se alegraría en extremo de poder casar a su hija tan ventajosamente.

Así pensaban los padres sin decir nada, hasta que, por último, hablaron del asunto, se abrazaron y se dieron palabra de trabajar para que el plan tuviese éxito, prometiéndose que cada cual emplearía los medios que más adecuados estimase.

Una dificultad se ofrecía a Muronsky, y era la de convencer a su hija y obligarla a que trabase amistad más íntima con Alejo, a quien no había vuelto a ver desde el día del famoso convite. Al parecer, los jóvenes no habían simpatizado, puesto que Alejo no había vuelto a parecer por Prilutchin y Lisa se encerraba en su cuarto cada vez que Iván Petrovitch los honraba con su visita. Gregorio Ivanovith pensó que viniendo Alejo diariamente a su casa Lisa acabaría por enamorarse de él. Esto era lo lógico, ya que con el tiempo se arreglan los asuntos más difíciles.

Por su parte, Iván Petrovitch no dudó del éxito de su plan, y el día mismo en que supo que las intenciones de su amigo coincidían con las suyas, llamó a Alejo y le dijo después de un instante de silencio:

—¿Cómo es que hace ya tiempo que no hablas de ingresar en el Ejército? ¿Será cosa que no te seduzca ya el uniforme de húsar?

—Nada de eso, padre —respondió Alejo—. Lo que pasa es que he comprendido que no le gustaba a usted que yo fuese húsar; y debiendo someterme a sus mandatos, no le he vuelto a hablar del asunto.

—Muy bien —repuso Iván Petrovitch—; veo que eres obediente, lo cual no es chico consuelo, y en justa recompensa no quiero obligarte a que ingreses en seguida en la Administración. A lo que sí me inclino es a que te cases.

—¿Con quién voy a casarme?— preguntó Alejo con profunda sorpresa.

—Con Lisa Gregoriewna Muronskaya —le replicó Iván Petrovitch—. Me parece que no es mala la novia.

—A decir verdad, todavía no he pensado en casarme.

—Si no has pensado todavía en eso, aquí estoy yo que lo he pensado y repensado por ti.

—Permítame usted que le diga que Lisa Muronskaya no me gusta.

—Ya te gustará. Ten paciencia y te enamorarás de ella.

—No creo que sea yo capaz de hacerla feliz.

—¿Acaso tienes tú que preocuparte de su felicidad? ¡Qué! ¿Es así como me obedeces? ¡Me parece muy bien!

—Será lo que usted guste, pero no quiero casarme, y no me casaré.

—Te casarás o te maldeciré, y las tierras, como hay Dios, que las vendo y me gasto lo que me den por ellas, y a ti te dejo sin un cuarto. Tres días te doy para que lo pienses, y entre tanto, haz que no te vea yo.

Sabía Alejo que si a su padre se le metía en la cabeza una idea, ni a fuerza de martillazos se la sacaban de los cascos; pero tenía carácter parecido y no era tan fácil convencerle. Encerróse, pues, en su cuarto y púsose a reflexionar acerca del límite que era preciso poner a la autoridad paterna, acerca también de Lisa Gregoriewna, sin echar en olvido la promesa de su padre de convertirle en pobre, y por último en Aculina. Por primera vez se dió cuenta perfecta de que estaba profundamente enamorado de



ella; cruzóle por el pensamiento la romántica idea de casarse con la campesina y vivir de su trabajo, y a medida que reflexionaba le parecía más sensato este propósito. Como hacía días que no cesaba de llover y se habían suspendido las entrevistas en el bosquecillo, le escribió a Aculina con letra clara y apasionado estilo, una carta manifestándole la desgracia que sobre ambos se cernía y ofreciéndole su mano. Al punto llevó la epístola al hueco del árbol que servía de buzón y se acostó, satisfecho de sí mismo.

Al día siguiente, firme en su propósito, se levantó temprano y marchó a casa de Muronsky, con objeto de hablarle clara y terminantemente y ver de despertar su generosidad.

—¿Está en casa Gregorio Ivanovitch? —preguntó, deteniendo su caballo ante la escalinata de la casa señorial de Prilutchin.

—No, señor —respondió el criado—; Gregorio Ivanovitch ha tenido a bien salir a caballo desde muy temprano.

—¡Qué fastidio! —pensó Alejo—. ¿Está, al menos, en casa Lisa Gregorievna?

—Sí, señor.

Alejo saltó del caballo, entregó las riendas al criado y penetró en la casa sin hacerse anunciar.

—Así quedará todo terminado — pensó entrando en la sala—. La explicación se la daré a la misma interesada.

Entrar... y quedarse mudo de sorpresa fué una misma cosa. Lisa... no, Aculina, la encantadora, la morena Aculina, vestida, no de labriega, sino con elegante traje blanco de mañana, estaba sentada junto a una ventana, tan absorta en la lectura de su carta que no le sintió entrar. Alejo no pudo reprimir una exclamación de alegría. Lisa levantó la vista, se estremeció, lanzó un grito y quiso echar a correr; pero Alejo se precipitó hacia ella y la detuvo. Lisa forcejeó para soltarse...

—*Mais laissez moi donc, monsieur, mais vous êtes fou* — repetía tratando de ocultar su rostro.

—¡Aculina, Aculina! — repetía, a su vez, Alejo, besándole la mano.

Miss Jackson, testigo de aquella escena, no sabía qué pensar.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y entró Gregorio Ivanovitch.

—¡Ajajá! —exclamó—; me parece que su asunto de ustedes está ya resuelto...

Los lectores me dispensarán del deber de relatarles el desenlace de la historia.



## AZAR EN EL JUEGO

### I

En casa del oficial de guardias a caballo Narumof jugaban a las cartas. La larga noche invernal pasó rápidamente. A las cinco de la mañana se sentaron a cenar. Los que habían ganado comieron con gran apetito; los demás contemplaron con distracción sus platos vacíos. Pero se sirvió el *champagne*, se animó la conversación y todos tomaron parte en ella.

—¿Qué tal te ha ido, Surín?—preguntó el dueño de la casa.

—He perdido, como de costumbre. Hay que reconocer que soy un desgraciado; juego con calma, nunca me enfado; nada me hace hablar, y, sin embargo, ¡pierdo!

—Y tú, ¿no jugaste ni una vez si-

quiera? ¿No te dejaste seducir? Tu firmeza me asombra—exclamó el anfitrión, dirigiéndose a otro huésped.

—¡Es pasmoso!—dijo uno de los presentes, señalando a un joven ingeniero—. Jamás ha cogido una carta, jamás dice una palabra malsonante, y ha estado con nosotros hasta las cinco de la mañana viendo cómo jugábamos.

—El juego me entretiene mucho—dijo Hermann—; pero no estoy en situación de sacrificar lo indispensable por tal de tener más de lo que necesito.

—Hermann es alemán, es calculador, eso es todo—observó Tomski—. Si para mí hay alguien incomprendible es mi abuela, la condesa Ana Fedórovna.

—¿Qué? ¿Qué dices?—exclamaron los convidados.

—Sí; no puedo comprender—prosiguió Tomski—por qué no juega mi abuela.

—¿Y qué tiene de extraño—dijo Narumof—que una anciana de ochenta años no juegue?

—Eso lo dices porque no sabes lo que le sucedió.

—No, no lo sé.

—Entonces, escucha. Es preciso que sepáis que mi abuela, hará sesenta de esto, marchó a París y estuvo muy a la moda. La gente corría tras ella para ver a la Venus moscovita. Richelieu hizo locuras por ella, y mi abuela asegura que su crueldad estuvo a punto de ocasionar el suicidio del Duque. En aquel tiempo las señoras jugaban al faraón. Una vez, estando en Palacio, perdió, bajo palabra, una cantidad considerable que le ganó la Duquesa de Orleáns. Cuando llegó a su casa, y a tiempo de quitarse las *mouches* y de desnudarse, confesó a mi abuelo la pérdida y le ordenó que pagase. Mi difunto abuelo, si no recuerdo mal, era de condición débil. Le temía a su mujer como al fuego; pero al enterarse de tan enorme pérdida, se enfureció, echó sus cuentas y demostró a mi abuela que en seis meses habían derrochado medio millón y que cerca de París no tenían fincas que vender como les sucedía en Moscou; en una palabra: se negó a pagar la deuda. Mi abuela le dió un cachete y se acostó sola para demostrarle su

enfado. Al día siguiente mandó llamar a su marido, con la esperanza de que hubiese surtido efecto el castigo de la víspera; pero le halló inmovible. Por primera vez en la vida llegó a tener con él una explicación acalorada; creyó que iba a convencerle, llegando en su condescendencia hasta demostrarle que hay deudas y deudas, y que no puede portarse lo mismo un príncipe que un lacayo.

¡A buena parte fué! El abuelo siguió en sus trece. La abuela no sabía qué hacer. Conocía, aunque muy superficialmente, al Conde de Saint Germain, de quien tantas cosas extraordinarias se contaban. Ya sabéis que decía ser el judío errante, y haber descubierto el elixir de la vida, la piedra filosofal, etc. Reíanse de él como de un charlatán, y Casanova en sus Memorias dice que era un espía. Por lo demás, Saint Germain, fuera aparte de su misterio, tenía aspecto respetable y era un hombre muy amable en sociedad. Mi abuela lo ama desde entonces y se enfada cuando hablan mal de él.

Mi abuela sabía que el Conde de



Saint Germain disponía de grandes recursos. Decidió, pues, acudir a él, y le escribió una carta rogándole que viniese a verla. El misterioso personaje acudió inmediatamente, y la halló sumida en la desesperación. Mi abuela le pintó con sombríos colores la barbarie de su esposo, y dijo, por último, que ponía toda su esperanza en su amistad. Saint Germain reflexionó.

—Puedo servirla a usted dándole la cantidad que necesita—dijo—; pero sé que no estará usted tranquila mientras no me la devuelva, y no quisiera yo ser causa de nuevos disgustos. Hay otro medio: puede usted recuperar lo perdido jugando otra vez.

—Pero, amable Conde—le contestó mi abuela—, ¿no le digo que estamos sin un céntimo?

—Para lo que propongo no hace falta dinero. Tenga usted la bondad de escucharme—replicó Saint Germain.

Y al punto le reveló un secreto por el cual daríamos lo indecible todos nosotros...

Los jugadores redoblaron la aten-

ción. Tomski encendió su pipa, se estiró y prosiguió:

—Aquella misma noche se presentó mi abuela en Versalles en el *jeu de la Reine*. El Duque de Orleáns torció el gesto al verla. Mi abuela se excusó de no haber pagado su deuda, contó una historia cualquiera para justificar su olvido y se puso a jugar a las cartas con el Duque. Escogió tres cartas: las puso una sobre otra; con las tres ganó; el desquite fué completo.

—¡La casualidad! —exclamó uno de los presentes.

—¡Eso es un cuento! —observó Hermann.

—¡Quizá hiciera trampas! —dijo un tercero.

—No lo creo—repuso Tomski con gravedad.

—¡Cómo! —exclamó Narumof—. ¿Tienes una abuela que adivina tres cartas seguidas y hasta ahora no le has arrancado su secreto?

—¡Así es! —exclamó Tomski—. Mi abuela tuvo cuatro hijos, uno de los cuales fué mi padre. Los cuatro eran jugadores y a ninguno le descubrió su secreto, lo cual no hubiera sido malo

para ellos, ni para mí tampoco. Pero, oigan ustedes lo que me contaba mi abuela del conde Ivan Ilitch, dándome palabra de honor de que era cierto. El difunto Chaplitzki, que murió en la miseria después de derrochar millones, allá en su juventud perdió, jugando con Zorich, unos 300.000 rublos. Estaba desesperado. Mi abuela, que siempre fué compasiva con los muchachos, sintió lástima de Chaplitzki. Le dió tres cartas para que las pusiera una sobre otra y le exigió palabra de no volver a jugar. Chaplitzki fué a buscar a su vencedor y ambos se pusieron a jugar. Chaplitzki puso 50.000 rublos a la primera carta y ganó; a la tercera carta se había desquitado por completo.

—A todo esto—dijo uno de los presentes—, ha llegado la hora de irse a la cama; son las seis menos cuarto.

En efecto, empezaba a amanecer. Los muchachos apuraron sus copas de ron y se separaron.

## II

La anciana Condesa de \*\*\* estaba sentada en su gabinete delante del espejo. La rodeaban tres doncellas, una de las cuales tenía el frasco de colorete, otra una cajita con horquillas y la tercera una cofia adornada con cintas encarnadas. La Condesa no tenía la menor pretensión a una belleza desaparecida hacía mucho tiempo, pero conservaba todas las costumbres de su juventud, seguía cuidadosamente las modas del año 1770 y se vestía con la misma lentitud y el mismo esmero que sesenta años antes. Junto a la ventana, sentada al bastidor, se hallaba una señorita, de cuya educación se había encargado la Condesa.

—Buenos días, *grand'maman*— dijo al entrar un oficial joven—. *Bonjour, Mademoiselle Luise. Grand'maman*, vengo a pedirle a usted un favor.

—¿Qué quieres, Paul?

—Permítame usted que le presente a uno de mis amigos y que le traiga al baile que da usted el miércoles.

—Lo traes al baile y allí me lo presentas. ¿Estuviste anoche en casa de \*\*\*?

—¿Cómo no? Estuvo aquello muy bien. Bailamos hasta las cinco de la mañana. Etezkaía estaba guapísima...

—¡Pero, querido!... ¿Qué le encuentras? ¿Se parece a su abuela la princesa Daría Petrowna? A propósito: ¿ha envejecido mucho la princesa Daría Petrowna?

—¿Cómo si ha envejecido? —repliqué distraídamente Tomski—. Si hace lo menos siete años que murió...

La joven levantó la cabeza e hizo una seña al oficial. Este recordó que a la Condesa le ocultaban la muerte de sus contemporáneas y se mordió los labios. La Condesa escuchó, esto no obstante, aquella noticia, nueva para ella, con la mayor indiferencia.

—¡Se ha muerto y yo no sabía nada! A las dos nos nombraron damas de honor al mismo tiempo, y cuando nos presentamos, la soberana...

Y la Condesa por la centésima vez contó a su sobrino aquella anécdota.

—Bueno, Paul —dijo después—.

Ahora ayúdame a levantarme. Lisa, ¿dónde está mi caja de rapé?

La Condesa, con sus doncellas, pasó detrás de un biombo para continuar su tocado. Tomski se quedó solo con la joven.

—¿A quién quiere usted presentar?

—preguntó en voz baja Isabel Ivanowna.

—A Narumof. Ya usted le conoce.

—¡No! ¿Es militar o paisano?

—Militar.

—¿Ingeniero?

—No, sirve en caballería. ¿Por qué pregunta usted si es ingeniero?

La joven se sonrió y no contestó.

—Paul —gritó la condesa desde detrás del biombo—, tráeme alguna novela nueva, pero no de las últimas.

—¿Por qué, *grand'maman*?

—Quiero decir, una novela en la que el protagonista no estrangule a su padre, ni a su madre, y en la que no haya ahogados. Le tengo un miedo horrible a los ahogados.

—Hoy día no se estilan esas novelas. ¿La querría usted rusa?

—Pero, ¿hay novelas rusas? En ese caso, tráemelas.

—Dispéñseme usted, *grand'maman*, tengo mucha prisa. Dispéñseme usted, Isabel Ivanowna... ¿Por qué creyó usted que Narumof era ingeniero?

Y Tomski salió del gabinete.

Isabel Ivanowna se quedó sola; dejó la labor y miró por la ventana. Pronto apareció en la calle un oficial. La joven se puso colorada, e inclinó la cabeza sobre el bastidor. En aquel momento entró la Condesa ya vestida.

—Di que enganchen el coche, Lisa, y vamos de paseo.

Lisa se puso a recoger su labor.

—Pero, hija, ¿estás tonta? —exclamó la condesa—. Di que enganchen inmediatamente.

—En seguida —respondió en voz baja la joven.

Y echó a correr hacia la antesala.

Entró un criado y puso en manos de la condesa los libros que enviaba el príncipe Pablo Alejandrovich.

—Está bien —dijo la Condesa—; dale las gracias. Lisa, Lisa, ¿adónde vas tan de prisa?

—Voy a vestirme.

—Tienes tiempo, hija. Siéntate

aquí. Abre uno de esos libros, léeme en voz alta.

La joven abrió el libro y leyó unas cuantas líneas.

—Más alto —dijo la condesa—. ¿Qué te pasa? ¿No tienes voz? Mira, antes, dame el taburete... Así.

Lisa leyó un par de hojas. La Condesa bostezó.

—Tira ese libro —dijo—. ¡Qué simpleza! Devuélveselo al príncipe Pablo y di que le den las gracias. Pero... ¿y ese coche?

—El coche está enganchado —dijo Isabel Ivanowna mirando por la ventana.

—¿Y por qué no estás vestida ya? —preguntó la Condesa—. Siempre te haces esperar, lo cual es insoportable.

Lisa voló a su cuarto. Apenas habían transcurrido dos minutos cuando la Condesa empezó a llamar con toda su fuerza. Tres criadas acudieron por una puerta y un lacayo por otra.

—¿Qué pasa que no venís cuando se os llama? —exclamó la Condesa—. Id y decidle a Isabel Ivanowna que la estoy esperando.



Isabel Ivanowna entró en aquel instante en traje de calle.

—¿Ya has venido, hija mía? ¡Gracias a Dios! Pero ¿qué te has puesto? ¿A qué viene todo eso? ¿Piensas enamorar a alguien? ¿Qué tal día hace? Parece que hace viento...

—No, señora, no hace viento ninguno —contestó el lacayo.

—Siempre hablas a tontas y a locas. Abre la ventana. ¿Lo ves? Hace viento y viento frío. Que desenganchen el coche. Lisa, no salimos ya; no tenías para qué componerte tanto...

—¡Y decir que mi vida se reduce a esto! —pensó Lisa.

En efecto, Isabel Ivanowna era una criatura desgraciada. Amargo es el pan ajeno —dijo Dante— y duro es bajar por la escalera de otro.

¿Qué amargura, de las que proceden de la dependencia de otro, ignoraría una pobre joven protegida por una anciana rica e ilustre? La Condesa no era mala, pero sí caprichosa como mujer, amiga de la sociedad, avara y sumida en el mayor egoísmo, como suele ocurrir con los viejos enamorados de su tiempo y extraños al presente. La

Condesa tomaba parte en todas las frivolidades del gran mundo, acudía a los bailes permaneciendo en un rincón con el rostro pintado y vestida a la antigua, como si fuera un adorno natural e indispensable del salón; a ella se acercaban con profundos saludos los huéspedes cual si cumpliesen con un rito establecido, y después nadie se acordaba de ella.

A su casa acudía toda la ciudad, observando severa etiqueta, sin conocer a nadie personalmente. Sus numerosos criados engordaban y envejecían en sus antesalas, haciendo lo que querían y robando constantemente a la anciana. Isabel Ivanowna era un mártir doméstico.

Ella servía el té y escuchaba regaños por el consumo exagerado de azúcar; ella leía novelas en voz alta y tenía la culpa de cuantos errores había cometido el autor; ella acompañaba a la princesa cuando salía de paseo y era responsable del tiempo y del estado de las calles. Tenía señalada una retribución pecuniaria, pero nunca se la pagaban, no obstante lo cual le exigían que se vistiera *como*

*todas*, es decir, *como pocas*. En sociedad desempeñaba el mismo papel. Todos la conocían y ninguno le hacía caso; en los bailes no la sacaban a bailar sino cuando faltaba un *vis a vis*, y las señoras se cogían de su brazo cuantas veces necesitaban ir al tocador para arreglar algún detalle del vestido. Como tenía amor propio, sentía lo triste de su situación y miraba alrededor suyo esperando con impaciencia que se presentase un libertador; pero los jóvenes, calculadores a pesar de su vanidad juvenil, no le hacían ningún caso, por más que fuera Isabel Ivanowna cien veces más bonita y más agradable que las impertinentes y desagradables jóvenes en torno de las cuales se movían. ¡Cuántas veces, abandonando la sala aburrida y pomposa, habíase retirado a su pobre alcoba, donde lloraba silenciosamente al lado de viejos biombos y de antiguas tapicerías, mirando con tristeza la cómoda, el espejo y la cama que constituían el mobiliario, a la luz escasa que proyectaba una vela de sebo puesta en un candelero de metal!

Una vez — esto sucedió dos días

después de la cena descrita al principio de este relato y una semana antes de la escena en que nos detuvimos —, una vez, Isabel Ivanowna, sentada junto a la ventana trabajando en su bastidor, miró distraídamente a la calle y vió a un joven ingeniero inmóvil y con la vista fija en la ventana. Isabel bajó la cabeza y tornó a su labor; cinco minutos después miró de nuevo; el joven oficial seguía en el mismo sitio. No teniendo por costumbre coquetear con los oficiales que pasaban por la calle, dejó de mirar y bordó por espacio de dos horas sin levantar cabeza. Sirvieron la comida.

Isabel recogió su labor y, mirando involuntariamente hacia la calle, volvió a ver al oficial. Esto le pareció bastante raro. Después de comer se aproximó a la ventana con cierta intranquilidad, pero el oficial había desaparecido y ella no volvió a acordarse más de él.

Dos días después, cuando iba a subir al coche con la Condesa volvió a verle. Estaba junto a la escalinata y ocultaba el rostro en el cuello de castor, sus negros ojos brillaban bajo la

visera de la gorra. Isabel Ivanowna se asustó sin saber de qué y tomó asiento en el coche con inexplicable sobresalto.

Al regresar a casa corrió a la ventana: el oficial se hallaba en el mismo sitio que el otro día y no apartaba la vista de ella; la joven se retiró, mortificada por la curiosidad y agitada por un sentimiento completamente nuevo para ella.

Desde entonces no pasó día sin que el joven oficial dejase de presentarse a la misma hora bajo la ventana de la casa. Entre él y la joven se establecieron mudas relaciones. Sentada en su sitio, ocupada en su trabajo, sentía su proximidad, levantaba la cabeza y le miraba cada día más.

El joven, al parecer, le estaba muy agradecido; la joven reparaba, con la penetración propia de la juventud, cómo se cubrían de carmín sus pálidas mejillas cuando su mirada se encontraba con la de él. Al cabo de una semana, la joven le sonreía...

Cuando Tomski pidió permiso a la Condesa para presentar a su amigo, el corazón de la pobre muchacha pal-

pitó con más fuerza; pero cuando supo que Narumof no era ingeniero, sino caballero-guardia, deploró haber revelado su secreto por medio de una pregunta indiscreta al impetuoso Tomski.

—

Hermann era hijo de un alemán que se naturalizó ruso y le dejó un pequeño capital. Persuadido de la necesidad de robustecer su independencia, Hermann no tocaba a la renta, vivía con su sueldo únicamente y no se permitía el menor capricho. Por lo demás, era reservado y orgulloso y sus compañeros raras veces tenían ocasión de burlarse de su extraordinaria parsimonia. Tenía pasiones fuertes y una fantasía ígnea; pero su firmeza le salvaba de los errores propios de la juventud. Así, por ejemplo, siendo en el fondo amigo del juego, no tocaba jamás una carta, porque calculaba que su fortuna no le permitía (según decía él) sacrificar lo indispensable a la esperanza de conseguir lo superfluo, y sin embargo, se pasaba noches enteras al lado de las

mesas de juego observando con temblor febril las diferentes alternativas de aquél.

La anécdota de las tres cartas había producido gran efecto en su fantasía y durante toda la noche no pudo desecharla de su mente.

—Si la condesa me revelase su secreto decíase al siguiente día paseándose por San Petersburgo—, o me indicase qué cartas son ésas... ¿Por qué no probar la suerte? Me presentaré a ella, conquistaré su benevolencia, me haré su favorito, diré que estoy enamorado de ella; pero todo esto requiere tiempo y ella tiene ochenta y siete años; puede morir en una semana, en dos días... Y hasta la misma anécdota... ¿Es creíble? No; cálculo, moderación y laboriosidad, estas son mis tres cartas; ellas triplicarán, multiplicarán mi capital y me darán la tranquilidad y la independencia.

Razonando de este modo llegó a una de las principales calles de San Petersburgo y reparó en una casa de antigua apariencia. La calle estaba llena de coches, que iban acercándose

uno tras otro a la puerta, cuyo zaguán estaba profusamente iluminado. De los coches asomaba unas veces el diminuto pie de una belleza juvenil, otras la crujiente bota de uniforme, otras en fin, la media de seda y el zapato de baile de un diplomático. Las pelli- zas y los abrigos pasaban en grupo por delante del majestuoso suizo. Hermann se detuvo.

—¿De quién es esta casa?—pre- guntó al policía que estaba en la es- quina.

—De la Condesa \*\*\*—contestó éste.

Hermann se estremeció. La mara- villosa anécdota acudió de nuevo a su mente. Púsose a pasear por los alre- dedores de la casa pensando en la dueña y en su maravilloso poder.

Volvió ya tarde a su pacífico rin- cón; tardó largo rato en conciliar el sueño, y cuando éste le embargó, soñó con barajas, mesas verdes, fajos de billetes y montones de monedas de oro. Puso las cartas una encima de otra, dobló las puestas con energía, ganó sin interrupción, se guardó el oro en los bolsillos y los billetes en la cartera.



Al despertarse ya muy tarde, suspiró ante la pérdida de sus fantásticas riquezas, salió a pasear por la ciudad y volvió otra vez a casa de la Condesa. Una fuerza desconocida le impulsaba hacia ella.

Se paseó y miró a las ventanas. En una de ellas vió una cabecita de negros cabellos, inclinada sin duda sobre un libro o una labor. La cabecita se levantó. Hermann vió un rostro juvenil y unos ojos negros.

Aquel instante decidió su porvenir.

### III

Apenas se despojó Isabel Ivanowna de su sombrero y de su abrigo, le mandó un recado la Condesa y dispuso que volviesen a enganchar el coche. Ambas tomaron asiento en él. En el preciso instante en que dos lacayos levantaban a la Condesa y la introducían por la portezuela, Isabel Ivanowna vió a su ingeniero junto a las mismas ruedas; el joven le cogió una mano, su susto fué tan grande que no logró dominarse. El joven des-

apareció y la carta quedó en manos de ella. La ocultó en un guante, y durante todo el camino ni vió nada ni oyó nada. La Condesa tenía la costumbre de ir haciendo preguntas a cada paso: ¿A quién nos encontramos? ¿Cómo se llama ese puente? ¿Qué dice ese rótulo? Esta vez, Isabel Ivanowna le contestó sin saber lo que decía, y la Condesa se enfadó:

—¿Qué te ocurre, hija? ¿Estás dormida? No me oyes o no me entiendes... A Dios gracias, no soy tartamuda ni me he vuelto loca...

Isabel Ivanowna no la escuchaba.

Al llegar a casa corrió a su cuarto, sacó la carta del guante; no estaba lacrada. Isabel Ivanowna la leyó. La carta contenía una declaración amorosa; era tierna, respetuosa y parecía estar copiada literalmente de una novela alemana, pero Isabel Ivanowna no sabía alemán y quedó muy satisfecha.

Esto no obstante, la carta que había aceptado la intranquilizó no poco. En primer lugar se ponía en relaciones secretas e íntimas con un joven cuya osadía le infundía pavor. Reprochá-

base su impremeditada conducta y no sabía qué hacer, si dejar de sentarse a la ventana y a fuerza de indiferencia quitarle todo deseo de ulteriores relaciones, devolverle la carta, o contestar a esta última con frialdad y energía.

No tenía con quien consultar, carecía de amigas y de consejeras. Isabel Ivanowna resolvió contestar.

Sentóse a la mesita de escribir, cogió pluma y papel y se puso a reflexionar. Empezó varias veces la carta y otras tantas la rompió: unas veces las frases le parecían demasiado indulgentes, otras demasiado duras. Por último, logró escribir unas pocas líneas que la dejaron satisfecha. «Tengo la evidencia —escribió— de que sus intenciones son honradas y de que no ha querido usted ofenderme dando un paso irreflexivo; pero nuestras relaciones no pueden empezar de este modo. Le devuelvo su carta y espero que no tendré de antemano razones para deplorar un inmerecido desprecio.»

Al siguiente día, cuando vió pasar a Hermann, Isabel Ivanowna dejó su bastidor, pasó a la sala, abrió la ven-

tana y lanzó su carta a la calle, confiando en la habilidad del joven oficial. Hermann corrió, cogió la carta y entró en una confitería próxima. Rompió el sello y halló su carta y la respuesta de Isabel Ivanowna. La esperaba y volvió a su casa pensando en su intriga.

Tres días después, una muchacha elegante entregó a Isabel Ivanowna una carta del almacén de modas. Isabel Ivanowna la abrió con sobresalto, temiendo que fuera una cuenta, cuando conoció la letra de Hermann.

—Te has equivocado, hija mía—dijo—; esta carta no es para mí.

—Sí, es para usted—contestó la muchacha sin bajar los ojos, al propio tiempo que se dibujaba en sus labios una sonrisa maliciosa—; tenga usted la bondad de leer lo que dice.

Isabel Ivanowna leyó rápidamente la carta; Hermann solicitaba una entrevista.

—No puede ser—murmuró Isabel Ivanowna asustada de la imprevista petición y del medio que para conseguirla se empleaba—. Esta carta no se ha escrito para mí.

Y la rompió en menudos trozos.

—Si la carta no es para usted, ¿por qué la ha roto? —preguntó la muchacha—. Yo la hubiese devuelto a quien la envió.

—Haz el favor de no volver a traerme cartas —replicó Isabel Ivanowna, ruborizándose al oír esta observación— y de decir a quien te mandó aquí, que debiera darle vergüenza...

Pero Hermann no se dió por vencido. Isabel Ivanowna recibió todos los días carta de él, ya fuera de un modo, ya de otro. No estaban traducidas del alemán, porque las escribía Hermann, impulsado por la pasión y hablando el lenguaje propio de ella; en ella se expresaban la inflexibilidad de sus deseos y el desorden de una imaginación desenfrenada. Isabel Ivanowna no pensaba ya en devolverlas; se embriagaba con ellas; empezó a contestarlas, y sus cartas cada vez eran más largas y más tiernas. Por último, le echó por la ventana la siguiente misiva:

«Hoy es el baile en casa del Embajador de \*\*\*. La Condesa irá. Nos quedaremos solas dos horas. Tendremos ocasión de vernos. Tan luego como se

marche la Condesa, sus criados se irán probablemente también; el suizo se queda en el zaguán; pero es verosímil que también se retire a su cuarto. Venga usted a las once y media. Diríjase a la escalera; si encuentra usted a alguien pregunte si está en casa la Condesa. Le dirán que no, y entonces será preciso que se retire usted. Pero lo más probable es que no encuentre usted a nadie, porque las criadas estarán en su habitación. Una vez en la antesala diríjase a la izquierda y vaya a la alcoba de la Condesa. En la alcoba, detrás del biombo verá usted dos puertas pequeñas: la de la derecha da a un gabinete, donde nunca entra la Condesa; la de la izquierda, a un pasillo donde hay una escalera estrecha, que conduce a mi habitación.»

Hermann temblaba como un tigre, esperando la hora de la cita. A las diez de la noche ya estaba frente a la casa de la Condesa. Hacía un tiempo infernal; el viento rugía, la nieve caía en copos enormes; los faroles apenas alumbraban; en las calles no había un alma. De rato en rato un cochero de punto, envuelto en su capote, arreaba

su penco, buscando con la mirada algún retrasado viajero.

Hermann iba a cuerpo, mas no sentía ni el viento, ni la nieve. Al fin y a la postre llegó el coche de la Condesa. Hermann vió cómo llevaban los criados a la anciana, la cual iba arropada en amplia piel de marta cibelina, y cómo detrás de ella aparecía su protegida con un ligero abrigo.

La portezuela se cerró con ruido y el coche echó a andar pesadamente sobre la crujiente nieve. El suizo cerró la puerta; apagáronse las luces que iluminaban las ventanas. Hermann comenzó a pasear en torno de la casa vacía; se acercó a un farol, miró la hora: eran las once y veinte minutos. Se quedó al pie del farol, siguiendo la marcha de las agujas y esperando que marcasen la hora fijada. A las once y media en punto, Hermann se dirigió a la escalinata de la casa, y penetró en el iluminado zaguán.

No estaba el suizo. Hermann subió rápidamente la escalera, abrió la puerta de la antesala y vió a un sirviente dormido en un diván viejo y sucio. Con paso ligero y firme pasó al lado

suyo Hermann. La sala y el gabinete estaban a oscuras.

La lámpara de la antesala apenas disipaba las sombras. Hermann entró en la alcoba.

Delante de las imágenes sagradas oscilaba la llama de una lámpara de oro. Butacas y divanes, forrados de antiguas telas descoloridas, con cojines de pluma, bordados de oro, en mal estado, se hallaban simétricamente colocados junto a las paredes cubiertas de tapicerías chinas. En uno de los muros colgaban dos retratos, pintados en París por madame Lebrun, uno de los cuales representaba a un hombre de unos cuarenta años, sonrosado y grueso, con uniforme verde y cruces, y el otro a una joven hermosa, de nariz aguileña, y en cuyo cabello empolvado se veía una rosa.

En todos los rincones había pastorcitos de porcelana, relojes de mesa, obra del célebre Leroy; cajitas, abanicos y otros objetos femeninos inventados a fines del pasado siglo al mismo tiempo que el globo de Montgolfier y que el magnetismo de Mesmer. Hermann pasó por detrás del biombo.



Allí había una pequeña cama de hierro; a la derecha, una puerta que conducía al gabinete; a la izquierda, otra que conducía a un corredor. Hermann vió una escalera estrecha que subía al cuarto de la pobre protegida; pero se volvió y entró en el gabinete. El tiempo transcurrió con lentitud; en todas las habitaciones los relojes dieron uno tras otro las doce, y el silencio reinó de nuevo. Hermann, de pie, se apoyó en la chimenea. Estaba sereno; su corazón latía con toda regularidad, como el de un hombre resuelto a hacer algo peligroso, pero necesario. Los relojes dieron la una y luego las dos; se oyó a distancia el rodar de un carruaje. Una emoción involuntaria se apoderó de él.

El carruaje fué acercándose, y por fin se detuvo. Oyó que bajaban el estribo. La casa se animó. Corrieron los criados, se oyeron voces y se iluminaron las habitaciones. En la alcoba entraron tres criadas viejas y la Condesa, apenas viva, entró a su vez y se dejó caer sobre un sillón Voltaire. Hermann miró por un agujero. Isabel Ivanowna pasó por delante de

él. Hermann oyó sus apresurados pasos por la escalera, y sintió en el corazón algo así como un remordimiento que se desvaneció al punto. Se hizo de piedra.

La Condesa empezó a desnudarse delante del espejo. Le quitaron la capota adornada de rosas; desprendieron de su pelado cráneo la empolvada peluca; los alfileres cayeron en forma de lluvia alrededor de ella.

Su vestido amarillo bordado en plata, cayó a sus hinchados pies.

Hermann fué testigo de los repugnantes secretos de su tocado; por último, la Condesa quedó en chambra y con gorro de dormir, y en este traje, más apropiado a su edad, resultaba menos terrible y más natural. Como todos los viejos, la Condesa padecía de insomnio. Después de desnudarse tomó asiento junto a la ventana en el sillón Voltaire y despidió a sus doncellas.

Lleváronse las luces y la habitación quedó alumbrada por la lámpara únicamente. Amarillenta, agitando los caídos labios y moviendo la cabeza de derecha a izquierda, yacía la Condesa

en su sillón. En sus turbios ojos se reflejó la completa ausencia de pensamientos; mirándola, podía creerse que los movimientos de la anciana procedían, no de su voluntad, sino de la acción de misterioso galvanismo.

De repente, este rostro moribundo se descompuso horriblemente. Los labios quedaron inmóviles; se animaron los ojos; delante de la Condesa estaba un desconocido.

—No se asuste usted, por el amor de Dios, no se asuste—dijo éste en voz baja y clara—. No voy a hacerle ningún daño; he venido a hacerle una súplica.

La anciana le miró en silencio, como si no le oyera. Hermann creyó que era sorda, e inclinándose hacia ella le repitió sus palabras al oído. La anciana tampoco le contestó.

— Puede usted — prosiguió Hermann — darme la felicidad sin que nada le cueste; sé que le es dado a usted adivinar tres cartas seguidas.

Hermann se detuvo. Al parecer, la Condesa había comprendido lo que le pedían; parecía como si quisiera buscar palabras para contestar.

—Eso es una broma—dijo por último—; le juro a usted que es una broma...

—No hay tal—le interrumpió Hermann, encolerizado—. Recuerde a Chaplitzki, a quien ayudó usted a desquitarse.

La Condesa se turbó visiblemente. Su rostro reflejó una gran agitación moral; pero al cabo de un instante tornó a la anterior inconsciencia.

—¿Puede usted decirme qué tres cartas son ésas?—preguntó Hermann.

La Condesa no contestó. Hermann prosiguió.

—¿A qué conduce tanto misterio? ¿Lo guarda usted para sus nietos? Son ya bastantes ricos sin eso y ni siquiera conocen el valor del dinero. A un dilapidador, de nada le sirven esas cartas. El que no sabe conservar la herencia paterna, muere en la miseria, a pesar de todos los esfuerzos del demonio. Yo no soy un disipador; yo sé lo que vale el dinero. Sus tres cartas no me perderán... Bueno, ¿qué...?

Se detuvo, tembloroso, esperando la respuesta. Hermann se arrodilló:

—Si su corazón sintió alguna vez

amor hacia alguien; si recuerda sus delicias; si alguna vez sonrió feliz junto a la cuna de un hijo; si en su pecho latió alguna vez un sentimiento humano, yo invoco esos sentimientos de esposa, de amante, de madre; yo invoco todo lo que es santo en la vida y le suplico que no me niegue lo que deseo, y me descubra su secreto... ¿Qué interés tiene en no hacerlo? Quizá vaya unido a un pecado horrible, a la pérdida de la eterna bienaventuranza, a un pacto diabólico... Piénselo bien; usted es vieja, poco le queda ya de vida...; yo tomo sobre mí todos sus pecados. Descúbrame el misterio. Piense que la felicidad de un hombre se halla en sus manos; que no sólo yo, sino mis hijos y mis nietos bendecirán su memoria y la adorarán como a una santa.

La anciana no contestó.

Hermann se levantó.

—¡Bruja del demonio!— exclamó, rechinando los dientes—. Yo te obligaré a contestar.

Así diciendo, sacó una pistola. La Condesa, al ver el arma, debió experimentar profunda impresión. Movi

la cabeza y levantó el brazo como si quisiera evitar el disparo; después se dejó caer y quedó inmóvil.

—Déjese de niñerías — prosiguió Hermann, cogiéndole la mano—. Por última vez le pregunto si quiere o no indicarme las tres cartas...

La Condesa no contestó. Hermann vió entonces que estaba muerta.

#### IV

Isabel Ivanowna estaba en su cuarto, en traje de baile todavía, sumida en profundas reflexiones. Al llegar a casa se apresuró a despedir a la adormilada doncella, que de mala gana le ofrecía sus servicios, diciéndole que se desnudaría sola, y temblando entró en su cuarto, esperando encontrar allí a Hermann y deseando al mismo tiempo no verle. La primera mirada que lanzó pudo convencerla de que allí no estaba y dió gracias al destino por el obstáculo que había opuesto a la entrevista. Se sentó, sin desnudarse, y púsose a recordar todas las circunstancias que en tan corto tiempo la ha-

bían llevado tan lejos. No habían pasado aún tres semanas desde el día en que por vez primera vió desde la ventana al joven, y ya estaba en correspondencia con él y había logrado éste obtener de ella una entrevista nocturna. Ella sabía el nombre de él sólo porque algunas de sus cartas estaban firmadas; no había hablado con él jamás, no conocía el metal de su voz; no había oído hablar de él jamás... hasta aquella misma noche. ¡Extraña cosa! Aquella misma noche del baile Tomski, molesto con la princesita Paulina \*\*\* que contra su costumbre no coqueteaba con él, deseó vengarse, demostrándole indiferencia, e invitó a Isabel Ivanowna a bailar una mazurca.

Todo el tiempo que duró ésta se burló de su inclinación hacia los ingenieros, aseguró que estaba enterado de muchas cosas que ella no podía ni siquiera figurarse, y algunas de sus burlas iban tan bien dirigidas que Isabel Ivanowna pensó más de una vez en que se había descubierto su secreto.

—¿Quién le ha dicho a usted todo eso? —preguntó sonriéndose.

—El amigo de una persona a quien usted conoce —le contestó Tomski—; un hombre muy notable.

—¿Y quién es este hombre tan notable?

—Le llaman Hermann.

Isabel Ivanowna no contestó; pero se quedó helada.

—Este Hermann —prosiguió Tomski— es una persona verdaderamente romántica. Tiene perfil napoleónico y alma de Mefistófeles. Yo creo que sobre su conciencia pesan lo menos tres crímenes. ¡Qué pálida se pone usted!...

—Me duele la cabeza... ¿Qué le dijo a usted Hermann... o como se llame?

—Hermann está muy descontento con su amigo; dice que en su lugar él hubiera procedido de distinto modo. Yo llego hasta suponer que Hermann tiene algún propósito con respecto a usted. A lo menos escucha con bastante disgusto las enamoradas razones de su amigo.

—Pero ¿dónde me ha visto?

—En la iglesia, tal vez; en el paseo... Dios sabe dónde... Quizá la haya visto a usted en su alcoba mientras usted dormía...



Tres señoras que se acercaron preguntando *oubli ou regret* interrumpieron una conversación que iba siendo cada vez más interesante y más dolorosa para Isabel Ivanowna.

La dama elegida por Tomski fué la misma princesa \*\*\*, que después de muchos rodeos y de muchos circunloquios logró ponerse al habla con él. Al volver a su sitio, Tomski no pensó en Hermann ni en Isabel Ivanowna, la cual quiso reanudar el interrumpido diálogo, pero concluyó la mazurca y poco después se retiró la Condesa.

Las palabras de Tomsky eran mera charla, pero quedaron grabadas en el alma de la joven.

El retrato bosquejado por Tomski coincidía con la imagen que ella misma había concebido, y gracias a las novelas más recientes, tan ruin figura asustaba y esclavizaba su fantasía. Sentada estaba, con las manos cruzadas, reclinada la cabeza, adornada todavía con flores, cuando de pronto se abrió la puerta y entró Hermann. Isabel Ivanowna se estremeció.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó con voz apagada por el miedo.

—En la alcoba de la Condesa —contestó Hermann—. Acabo de dejarla. La Condesa ha muerto.

—¡Dios mío! ¿Qué está usted diciendo?

—Y, según parece —prosiguió Hermann—, soy yo la causa de su muerte.

Isabel Ivanowna le miró y las palabras de Tomski resonaron en su alma: «Ese hombre tiene lo menos tres crímenes sobre su conciencia.»

Hermann se sentó al lado de su interlocutora y le contó lo acaecido.

Isabel Ivanowna le escuchó horrorizada. De modo que aquellas cartas llenas de pasión, aquellas amorosas exigencias, aquella persecución tan insistente... no eran manifestaciones del amor... ¡Dinero y no otra cosa era lo que ansiaba su alma! ¡No era ella la que podía satisfacer sus deseos y hacerle feliz!

La pobre muchacha no era otra cosa que el ciego cómplice de un ladrón, la asesina de su anciana protectora. En su terrible desesperación derramó amargas lágrimas.

Hermann la contempló en silencio; su corazón se destrozaba también;

pero ni las lágrimas de la joven, ni el maravilloso encanto de su dolor, dieron al traste con la dureza de su alma. No sintió remordimiento alguno por la muerte de la anciana. Sólo una cosa le asustaba: la irreparable pérdida del secreto en que fundaba sus esperanzas de riqueza.

—¡Es usted un monstruo! —exclamó, por fin, Isabel Ivanowna.

—Yo no he querido matarla —contestó Hermann—; la pistola no estaba cargada.

Ambos callaron.

Amaneció. Isabel Ivanowna apagó la vela. La pálida claridad del alba se difundió por la estancia.

Enjugó sus lágrimas y miró a Hermann. Estaba sentado éste al pie de la ventana con los brazos cruzados y la mirada torva. En esta postura recordaba asombrosamente el retrato de Napoleón. Este parecido sorprendió a Isabel Ivanowna.

—Y ahora, ¿cómo va usted a salir de la casa? —preguntó al fin la joven—. Pensaba yo conducirle por la escalera secreta, pero hay que pasar por la alcoba y tengo miedo.

—Dígame usted por dónde se va a esa escalera y me iré.

Isabel Ivanowna se levantó, sacó una llave de la cómoda, la entregó a Hermann y le explicó lo que tenía que hacer. Hermann estrechó su helada mano, la besó en la frente y salió.

Bajó la escalera de caracol y entró en la alcoba de la Condesa. La muerta, sentada, parecía de mármol; su rostro revelaba una serenidad profunda. Hermann se detuvo ante ella, la contempló largo tiempo, cual si quisiera convencerse de la terrible verdad; por último, entró en el gabinete, buscó a tientas la puerta y empezó a bajar por la escalera secreta, poseído de extraños sentimientos. «Por esta misma escalera, pensaba, bajó tal vez hace sesenta años algún feliz amante, de bordada casaca y sombrero de tres picos, el cual yace desde hace muchos años en el sepulcro, y hoy ha dejado de latir el corazón de la mujer que amó.»

Al pie de la escalera encontró Hermann una puerta que abrió con la llave que le diera Isabel y por un oscuro corredor, salió a la calle.

## V

Tres días después de la noche fatal, a eso de las nueve de la mañana, se encaminó Hermann al monasterio de \*\*\*, donde iba a verificarse el sepelio de la difunta Condesa. Aun no teniendo remordimientos, no lograba, sin embargo, acallar la voz de su conciencia que repetía: «El asesino de la Condesa eres tú.» Hermann no tenía mucha fe, pero tenía muchos prejuicios. Creía que la Condesa podía ejercer sobre su vida una influencia funesta y resolvió asistir a su entierro para solicitar su perdón.

La iglesia estaba llena. A duras penas consiguió Hermann abrirse paso a través de la multitud. Descansaba el féretro sobre lujoso catafalco, bajo un dosel de terciopelo.

La muerta yacía en él con las manos cruzadas sobre el pecho, envuelta la cabeza en una gorra de encajes y vestida con un rico traje de seda. Alrededor de ella estaban sus criados con libreas negras y hachones encen-

didos y sus hijos, nietos y biznietos de riguroso luto.

Ninguno lloraba, las lágrimas hubieran sido de mal gusto. La Condesa era tan vieja que su muerte a nadie podía causar dolor y sus parientes la consideraban hacía tiempo como una persona que había perdido todo derecho a permanecer en este mundo.

El párroco pronunció la oración fúnebre. Con sentidas frases pintó la serena muerte de los justos, para los cuales los largos años de tranquila existencia constituyen una preparación para el eterno viaje.

«El ángel de la muerte—exclamó el orador—la halló entregada a meditaciones celestiales esperando a su divino amante.» La triste ceremonia se efectuó con solemnidad. Los parientes se despidieron del cadáver los primeros, después se inclinaron ante él los innumerables amigos que habían venido a despedirse de la que tantas veces les obsequió con mundanas distracciones. Los últimos fueron los sirvientes.

Entre ellos, se acercó una vieja doncella de la Condesa, sostenida por

dos criadas jóvenes. No tenía fuerzas ya para inclinarse hasta el suelo, y al besar la helada mano de su señora, derramó algunas lágrimas.

Después de ella se atrevió Hermann a acercarse al féretro. Inclinóse ante él profundamente y permaneció así unos instantes; se incorporó al cabo de ellos, tan pálido como la misma muerta, subió los escalones del catafalco y se inclinó de nuevo... En aquel instante le pareció que la difunta le miraba con desprecio...

Hermann se echó rápidamente hacia atrás, tropezó y cayó al suelo. Le ayudaron a levantarse. Al mismo tiempo, Isabel Ivanowna caía desmayada. Este incidente perturbó breve espacio la solemnidad del acto.

Hubo murmullos, y un caballero, próximo pariente de la difunta, dijo al oído de un inglés que estaba a su lado, que aquel oficial era hijo natural de la Condesa, a lo que el inglés se limitó a contestar:

— ¡Oh!

Durante todo aquel día fué presa Hermann de extraordinaria inquietud. Después de cenar en un *restaurant*

solitario y de haber bebido bastante, contra su costumbre, no más que para dominar su agitación, aunque sin lograrlo, volvió a su casa y, sin desnudarse, se acostó.

Cuando se despertó era todavía de noche. La luz de la luna iluminaba la habitación. Miró al reloj; eran las tres menos cuarto. Se sentó en la cama, desvelado, y se puso a pensar en el entierro de la Condesa.

En aquel momento alguien miró por la ventana. Hermann no prestó atención. Al cabo de un minuto sintió que abrían la puerta del recibimiento. Hermann pensó que sería su asistente, que volvía ebrio de alguna excursión nocturna. Oyó, empero, unos pasos desconocidos: alguien andaba, arrastrando suavemente los pies.

Se abrió la puerta y entró una mujer vestida de blanco. Hermann creyó que sería su anciana sirvienta e iba a preguntarle qué se le ofrecía a horas tan intempestivas, cuando la mujer se puso frente a él: era la Condesa.

—He venido a verte contra mi voluntad—dijo con voz entera—; pero



me mandan que acceda a lo que solicitas. El tres, el siete y el as son las cartas que te harán ganar; pero con la condición de que no juegues más que a una sola carta cada día y de que después no vuelvas a jugar más en toda tu vida. Te perdono mi muerte con tal de que te cases con Isabel Ivanowna.

Diciendo estas palabras volvióse, echó a andar hacia la puerta y desapareció, arrastrando lentamente los pies.

Hermann oyó que se cerraba la puerta de la calle y vió que una sombra cruzaba su ventana. Permaneció mudo de asombro durante algunas horas.

Después se levantó y entró en la habitación inmediata. Su asistente estaba durmiendo en el suelo; le despertó a la fuerza. El asistente, como de costumbre, estaba borracho; no fué posible averiguar nada. La puerta de la calle estaba cerrada. Hermann volvió a su cuarto, encendió una luz y escribió las palabras que le había dicho la Condesa.

## VI

Así como en la naturaleza física no pueden dos cuerpos ocupar el mismo lugar al mismo tiempo, en la naturaleza moral tampoco puede haber dos ideas fijas.

El tres, el siete y el as desterraron muy pronto de la imaginación de Hermann la tétrica figura de la Condesa. Todos sus pensamientos se concentraban alrededor de las tres cartas misteriosas.

El tres, el siete y el as le perseguían en sueños bajo las formas más diversas y más raras. Todos sus pensamientos se fundían en uno solo: aprovecharse del secreto que le había revelado la anciana.

Pensó en dejar el servicio y en hacer un viaje.

Quería labrar una fortuna en las casas de juego de París. La casualidad le evitó estas molestias.

Había en Moscou una sociedad de acaudalados jugadores presidida por el famoso Chekalinsky que se había

pasado la vida con las cartas en la mano, derrochando millones.

Su larga experiencia le había conquistado la confianza de los amigos y su hospitalidad; su excelente cocinero, su carácter amable y su alegría hacían que le respetase la gente. Marchó a San Petersburgo; los jóvenes acudieron en tropel a su casa, olvidando los bailes por tal de jugar a las cartas y prefiriendo las emociones del faraón a los encantos del galanteo; Narumof llevó allí a Hermann.

Cruzaron ambos los espléndidos salones llenos de visitantes. Los generales y los consejeros jugaban al *whist*; los muchachos, tendidos en divanes, sorbían helados y fumaban pipas.

En una sala, junto a una larga mesa, alrededor de la cual se apiñaba la gente, estaba sentado el huésped, haciendo de banquero.

Era un hombre de sesenta años, de apariencia respetable, con el pelo blanco, agradable fisonomía y ojos centelleantes, animados siempre por grata sonrisa. Narumof presentó a Hermann. Chekalinsky le estrechó

afectuosamente la mano, le rogó que considerase aquella casa como suya y siguió barajando las cartas.

El juego duró mucho tiempo. Había sobre la mesa más de treinta cartas. A cada jugada Chekalinsky se separaba un momento para dar lugar a que sus contrincantes hicieran juego; apuntaba las ganancias, atendía cortésmente a los requerimientos y con mayor gusto aún recogía distraídamente su dinero.

Por último terminó la partida. Chekalinsky reunió las cartas y se dispuso a empezar otra.

—¿Me permite usted que apunte a una carta?—dijo Hermann, extendiendo el brazo por detrás de uno de los jugadores.

Chekalinsky se sonrió e hizo una señal de asentimiento. Narumof, sonriéndose también, felicitó a Hermann por aquella resolución y le deseó buena suerte.

—¡Va!—exclamó Hermann, apuntando con tiza una cifra al lado de su carta.

—¿Cuánto?—preguntó el banquero frunciendo las cejas.

—¡Cuarenta y siete mil rublos!  
—respondió Hermann.

Al oír estas palabras, levantáronse instantáneamente todas las cabezas, y todas las miradas se posaron en Hermann.

—Se ha vuelto loco—pensó Narumof.

—Permítame usted que haga observar—dijo Chekalinsky con su eterna sonrisa—que juega usted muy fuerte; hasta ahora nadie ha jugado más de doscientos setenta rublos de una vez.

—¿Y qué? ¿Acepta usted o no acepta?

Chekalinsky se inclinó en señal de asentimiento.

—Sólo he querido decirle—añadió—que para no perder la confianza de los compañeros no puedo jugar más que teniendo a la vista dinero efectivo. Por mi parte, ni que decir tiene que su palabra de usted me basta; pero como se trata de que el juego resulte ordenado y de que las cuentas se lleven como es debido, le ruego que ponga el dinero sobre su carta.

Hermann sacó del bolsillo una letra y la entregó a Chekalinsky, el cual pasó la vista por ella y la colocó so-

bre la carta de Hermann. Comenzó a tallar. A la derecha había un nueve; a la izquierda un tres.

—¡Ganó!— dijo Hermann, mostrando su carta.

Hubo un murmullo entre los jugadores. Chekalinsky frunció el entrecejo; pero al momento tornó la sonrisa a su rostro...

—¿Quiere usted cobrar?—preguntó a Hermann.

—Si no le es molesto.

Chekalinsky sacó de la cartera la cantidad en billetes y pagó. Hermann cogió el dinero e inmediatamente se apartó de la mesa. Narumof no salía de su asombro.

Hermann bebió un vaso de limonada y marchó a su casa.

Al día siguiente, por la noche, se presentó de nuevo en casa de Chekalinsky. El huésped tallaba. Hermann se acercó a la mesa; los jugadores al punto le hicieron sitio. Chekalinsky le saludó amablemente.

Hermann aguardó a que terminase la partida; escogió una carta; puso sobre ella sus 47.000 rublos, más la ganancia de la víspera. Chekalinsky

empezó a tallar. A la derecha salió la sota; a la izquierda el siete.

Hermann descubrió su carta; era el siete.

La admiración fué extraordinaria. Chekalinsky se turbó evidentemente.

Contó 94.000 rublos y los entregó a Hermann. Este los tomó fríamente y se retiró al momento.

A la noche siguiente se acercó otra vez a la mesa. Todos le aguardaban; los generales y los consejeros abandonaron su *whist* para presenciar la nueva jugada. Los oficiales jóvenes saltaron de sus divanes; los criados se apiñaron en la puerta. Todos dejaron paso a Hermann. Los jugadores suspendieron sus apuestas, esperando con impaciencia el término de aquella partida. Hermann, de pie junto a la mesa, se aprestó a jugar solo contra el pobre Chekalinsky, el cual seguía sonriéndose automáticamente.

Chekalinsky batió las cartas; Hermann cogió la suya y puso sobre ella un montón de billetes de Banco. Aquello era un desaffo. Profundo silencio reinó en la habitación.

Chekalinsky batió las cartas; sus

manos temblaban. A la derecha había una dama; a la izquierda un as.

—¡Ganó el as!—dijo Hermann—.

Y mostró su carta.

—Su dama de usted ha perdido —dijo afectuosamente Chekalinsky.

Hermann se estremeció; en efecto, en vez de un as tenía una dama de picas. No daba crédito a sus ojos, ni comprendía cómo había podido equivocarse. En aquel instante le pareció que la dama de picas se sonreía. El parecido extraordinario de aquella figura le asombró...

—¡La vieja!...—exclamó horrorizado.

Chekalinsky se apoderó de los billetes de Hermann. Este permanecía inmóvil. Cuando se apartó de la mesa hubo un murmullo.

—¡Qué bien juega!—exclamaban.

Chekalinsky barajó de nuevo las cartas y el juego siguió su curso normal.

#### CONCLUSIÓN

Hermann se volvió loco. Está en el manicomio de Obujowsky, en la celda 17; no contesta a las preguntas



que le dirigen y murmura con extraordinaria rapidez: tres, siete, as; tres, siete, as.

Isabel Ivanowna se ha casado con un muchacho muy simpático que ha servido en la administración y tiene algún capital; es hijo del administrador de la Condesa. Isabel Ivanowna tiene en su casa a un pariente pobre.

Tomski ha ascendido a comandante y se ha casado con la princesa Paulina.



## EL DESAFIO

### I

Estábamos en la aldehuela de \*\*\*. Todos conocen la vida que suele hacer un oficial del ejército cuando está de guarnición. Por la mañana, ejercicio y picadero; después, almuerzo con el comandante o en una posada judía; por las tardes, ponche y baraja. En \*\*\* no había casas hospitalarias, ni siquiera novias; nos reuníamos los unos en casa de los otros, y, excepción hecha de nuestros uniformes, a nadie veíamos.

Tan sólo un paisano formaba parte de nuestra reunión militar. Tenía unos treinta y cinco años, razón por la cual le creíamos viejo. La experiencia le daba una notable superioridad sobre nosotros; además, su acostumbrada

melancolía, sus pésimas costumbres y su lengua viperina ejercían sobre nuestra fantasía juvenil poderoso influjo. Rodeábale un cierto misterio; parecía ruso y llevaba un apellido extranjero. Había servido algún tiempo en los húsares y hasta con suerte; nadie sabía qué razones le habían impulsado a pedir el retiro y a irse a una mísera aldea, donde vivía pobre y espléndidamente a la vez. Iba siempre a pie, vestido con un gabán usado, de color oscuro; y, sin embargo, convidaba a comer constantemente a todos los oficiales de nuestro regimiento. Cierta es que sus cenas constaban de dos o tres platos, aderezados por un soldado retirado; pero, en cambio, corría el *champagne* que era un placer. Nadie sabía qué bienes tenía, ni a cuánto ascendían sus rentas, ni nadie se atrevió a preguntárselo. En su casa abundaban los libros, especialmente los relativos a la milicia y las novelas. Con gusto los prestaba, sin exigir luego su devolución. En cambio, jamás devolvió libro alguno que le prestasen. Su principal habilidad consistía en el tiro a pistola. Las paredes de su habitación

estaban llenas de agujeros, que formaban filas como soldados en revista.

Una valiosa colección de pistolas era la única magnificencia de la humilde mansión en que vivía. La destreza que había logrado adquirir era sorprendente, y si se le hubiera ocurrido apostar a que quitaba de un balazo la insignia que llevábamos en la gorra, no creo que ninguno de nosotros se hubiera atrevido a ofrecerle su cabeza. Nuestras conversaciones se referían con frecuencia a los desafíos. Silvio, que así se llamaba, jamás se mezclaba en ellas. A la pregunta de si se había batido alguna vez contestaba secamente que sí, pero sin entrar en detalles, y era evidente que le desagradaban las preguntas de este género. Supusimos que algún desgraciado accidente, producto de su extraordinaria habilidad, le remordía la conciencia. Por lo demás, no nos pasó por la imaginación sospechar que fuese culpable de ninguna vileza. Hay gentes cuya sola apariencia aleja toda sospecha. El terrible suceso nos dejó a todos asombrados.

Una vez fuimos a comer a casa de Silvio diez oficiales. Bebimos como de

costumbre, es decir, mucho; después de comer le rogamos al anfitrión que tallase una banca. Se resistió a ello mucho tiempo, porque casi nunca jugaba; por último, mandó traer cartas, puso sobre la mesa unos cincuenta rublos y se puso a tallar. Le rodeamos y empezó la partida. Silvio tenía la costumbre de guardar silencio mientras jugaba; no discutía, ni daba explicaciones. Si perdía, pagaba; si ganaba, cogía su dinero. Ya lo sabíamos y, por tanto, le dejamos que procediera a su modo; pero entre nosotros había un oficial que residía en \*\*\* desde hacía poco tiempo. Al jugar, cometió un error, que Silvio rectificó en silencio, según su costumbre. Creyó el oficial que se había equivocado el banquero y le pidió explicaciones. Silvio siguió tallando sin contestarle. Perdió la paciencia el oficial y reclamó lo que creía suyo. Silvio, sin decir palabra, tornó a rectificar la jugada. El oficial, sobreexcitado por el vino, el juego y las risas de los compañeros, se creyó ofendido, y cogiendo, furioso, un candelabro de bronce que había sobre la mesa, lo asestó sobre Silvio, que ape-

nas tuvo tiempo de esquivar el golpe. Hubo un momento de confusión. Silvio se levantó y pálido de ira, chispeantes los ojos, exclamó:

— Señor mío: tenga la bondad de retirarse y dé gracias a Dios de que esto haya ocurrido en mi casa.

Ni por un momento dudamos de las consecuencias que iba a tener aquel suceso y dimos por muerto a nuestro colega. El oficial salió inmediatamente diciendo que estaba dispuesto a responder de su conducta en la forma que el banquero creyese conveniente. Seguimos jugando breve rato, pero comprendiendo que nuestro huésped no estaba para ello, fuimos saliendo de su casa uno tras otro y nos retiramos a nuestros albergues hablando de la próxima vacante.

Al día siguiente, en el picadero, nos preguntábamos unos a otros si estaba aún en vida el pobre Teniente cuando se presentó éste. A nuestras preguntas contestó que no tenía la menor noticia de Silvio. Esto nos sorprendió. Fuimos a su casa y le hallamos en el patio metiendo bala tras bala en una carta de la baraja clavada

en la pared. Nos recibió como solía, sin aludir lo más mínimo al suceso de la víspera. Pasaron tres días y el Teniente no había muerto. Con sorpresa nos decíamos: «¿Será posible que no se bata Silvio?» Y Silvio no se batió, contentándose con breves explicaciones, después de lo cual hizo las paces.

Esto le perjudicó extraordinariamente entre nosotros. La falta de valor no tiene excusa posible entre muchachos convencidos de que éste es la cualidad por excelencia de los hombres y la que hace perdonar toda clase de defectos. Sin embargo, poco a poco se fué olvidando el incidente y Silvio recobró su primitivo influjo.

Yo fuí quien no pudo reanudar las relaciones que con él mantuve. Dotado de una imaginación romántica, había sentido mayor simpatía que mis compañeros hacia aquel hombre, cuya vida era un enigma y que me parecía haber sido protagonista de alguna dramática misteriosa historia. Me quería; a lo menos, conmigo deponía su punzante escepticismo y hablaba de múltiples temas con naturalidad y agrado extraordinarios. A partir, sin embar-



go, de aquella infausta noche, la idea de que su honor estaba empañado por efecto de su propia voluntad, me perseguía, impidiéndome tratarle como antes; al verle, me remordía la conciencia. Era Silvio demasiado inteligente y tenía demasiada experiencia para no apreciar aquel cambio y no comprender su motivo. Al parecer, aquello le entristeció, y pude notar que una o dos veces mostraba deseos de hablarme; eludí, sin embargo, toda explicación y Silvio se alejó de mí. Desde entonces nos veíamos tan sólo en presencia de los compañeros, y nuestras antiguas largas pláticas cesaron.

Los divertidos habitantes de una capital no tienen idea de muchas impresiones que sobradamente conocen los que viven en aldeas o en ciudades pequeñas, entre ellas, por ejemplo, la espera del día en que llega el correo. Los martes y los viernes la oficina de nuestro regimiento se llenaba de oficiales; quién aguardaba una carta; quién, dinero; quién, periódicos. Generalmente rasgábanse allí mismo los sobres, comunicábanse las noticias, y

la oficina ofrecía animadísimo aspecto. Silvio recibía sus cartas con las señas de nuestro regimiento, y solía acudir a aquellas reuniones. Una vez diéronle un sobre, cuyo sello rompió con muestras de viva impaciencia. Al leer el contenido de la carta relampaguearon sus ojos. Los oficiales, ocupados con la lectura de sus propias cartas, nada notaron.

—Señores—les dijo Silvio—, las circunstancias exigen que me ausente sin pérdida de tiempo. Me marcharé esta misma noche; espero que no os negaréis a cenar conmigo por última vez. Os espero—añadió, volviéndose hacia mí—, os espero sin falta.

Dichas estas palabras salió precipitadamente, y nosotros nos fuimos, cada cual por su lado, después de darnos cita en casa de Silvio.

Llegué a ella a la hora fijada, y me encontré con casi todos los oficiales del regimiento. La mayor parte de los muebles había desaparecido, y en las desnudas paredes se veían los agujeros de las balas.

Nos sentamos a la mesa. Nuestro huésped estaba de excelente humor,

y pronto su alegría se comunicó a todos nosotros; saltaban los tapones, llenábanse los vasos de espumoso *champagne* y deseábamos a cada instante, con sinceridad no fingida, feliz viaje y prosperidades sin cuento a nuestro amigo. Nos levantamos de la mesa muy entrada la noche. Al despedirse los comensales de Silvio, cogióme éste de la mano y me detuvo en el instante mismo en que iba a salir.

—Necesito hablar con usted—me dijo en voz baja.

Y me quedé.

Salieron los invitados; quedámonos solos; nos sentamos frente a frente, y fumamos en silencio. Silvio parecía estar preocupado; en su rostro no quedaban ni huellas de su febril alegría. Su palidez espectral, el relampaguear de su mirada y el humo que echaba por la boca, le daban el aspecto de un demonio. Al cabo de unos minutos, Silvio rompió el silencio.

—Es posible que no volvamos a vernos—me dijo—, y antes de separarnos he querido tener una explicación con usted. Ha podido usted ob-

servar lo poco que me importa la opinión ajena; pero le quiero a usted, y me hubiera sido doloroso dejar en su memoria una impresión desagradable.

Calló y púsose a llenar de nuevo su pipa. Yo guardé silencio y bajé los ojos.

—Le extrañaría a usted —prosiguió— que no exigiese una reparación por las armas al imbécil de P \*\*\*. Conventrá usted conmigo en que, teniendo yo la elección de armas, su vida estaba en mis manos y la mía exenta de todo peligro. Pude, pues, atribuir mi cordura a grandeza de alma; pero no quiero mentir. Si hubiera podido castigar a P \*\*\* sin exponer mi existencia lo más mínimo, no le hubiera perdonado.

Miré a Silvio con verdadero asombro. Esta confesión me dejó pasmado. Silvio prosiguió:

—Pues sí. No tengo derecho a exponerme a la muerte. Hace seis años recibí una bofetada, y mi enemigo está en vida.

Mi curiosidad se despertó.

—¿No se batió usted con él?— le

pregunté—. Sin duda alguna las circunstancias los separaron.

—Me batí con él —contestó Silvio—, y he aquí el recuerdo que me queda de este desafío.

Silvio se levantó, sacó de una caja una gorra colorada con galones, una gorra de cuartel, y poniéndosela observé que tenía un agujero en el borde, encima precisamente de la frente.

—Como usted sabe —prosiguió Silvio—, he servido en el regimiento de húsares de \*\*\*. Ya conoce usted mi genio. Me gusta ser el primero en todo, y este deseo era una pasión en mi juventud. En nuestro tiempo estaba a la moda el ser crapuloso; el más crapuloso de mi regimiento era yo. Nos enorgullecíamos de nuestras borracheras, y yo les gané en esto al célebre Burzof y al ilustre Dionisio Davidof. Los desafíos estaban a la orden del día, y en todos ellos actuaba yo como testigo o como actor. Mis compañeros me adoraban, y los coroneles, que cambiaban a cada momento, me consideraban como un mal inevitable. Yo, tranquilo (o intranquilo), gozaba de mi gloria cuando destinaron a nuestro regi-

miento un joven, rico, de gran familia. ¡Jamás había visto hombre más favorecido de la fortuna! Figúrese usted a juventud, talento, belleza, alegría de vivir, valor sin límites, apellido ilustre, dinero sin tasa, y tendrá idea de lo que era aquel hombre y de la influencia que ejerció sobre nosotros desde el primer momento. Mi superioridad vacilaba. Atraído por la fama que yo tenía, buscó mi amistad; pero yo le acogí fríamente y él se apartó de mí sin sentimiento alguno. Empecé a odiarle. Sus éxitos en el regimiento y sus triunfos con las mujeres me sumieron en desesperación. Traté de reñir con él; pero a mis epigramas contestaba con epigramas, que siempre me parecían mejores y más agudos que los míos, y que, a decir verdad, eran más alegres, puesto que él bromeaba y yo odiaba. Por último, una vez, hallándonos en un baile que daba un propietario polaco, viéndole objeto de las atenciones de las damas y especialmente de la dueña de la casa, que había estado en relaciones conmigo, perdí el seso y le dije al oído no sé qué grosería. Dió un salto y me pegó una bofetada. Echa-

mos mano a los sables; desmayáronse las señoras; nos separaron, y aquella misma noche marchamos al lugar designado para el duelo. Fué éste al amanecer. Yo le esperaba con mis padrinos. Mi impaciencia no tenía límites. Salió el sol, y el calor empezó a molestarnos. Le vi venir desde lejos, a pie, acompañado de un padrino. Se acercó, llevando en la mano la gorra, que estaba llena de cerezas. Nuestros padrinos midieron la distancia. A mí me cupo en suerte disparar primero; mas temiendo que la agitación que me causaba la próxima venganza hiciese temblar mi mano, y queriendo tener tiempo de calmarme, le cedí la vez. No quiso aceptarla. Resolvimos entonces echar suertes y ésta le fué favorable. Apuntó, y la bala atravesó mi gorra. Me tocó disparar. Su vida estaba, por fin, en mis manos, y le miré con ansia, tratando de descubrir en su rostro la huella del temor. Vi, empero, que permanecía impassible bajo el cañón de mi pistola, comiéndose las cerezas que llevaba en la gorra y echando los huesos, que casi me alcanzaban. Su indiferencia me enloqueció. «¿Qué

consigo—me dije—con privarle de la vida cuando la aprecia tan poco?» Un mal pensamiento cruzó por mi mente. Bajé la pistola.

—No está usted—le dije—en momento a propósito para morir, puesto que come y yo no quiero molestarle.

—No me molesta usted en lo más mínimo—replicó—. Tenga la bondad de disparar o haga lo que quiera, pues siempre quedará ese tiro a su disposición y yo a sus órdenes.

Volvíme hacia los padrinos y les manifesté que renunciaba a tirar y con esto acabó el desafío. Pedí mi retiro y me refugié en esta aldea. Desde entonces no ha pasado día en que yo no piense en la venganza. Por fin llegó mi hora...

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido aquella mañana y me la dió para que la leyese. Una persona, algo así como un apoderado, le escribía desde Moscú que el individuo consabido estaba a punto de casarse con una joven y bellísima dama.

—Habrá usted adivinado—dijo Silvio—de qué individuo se trata. Me voy a Moscú. Deseo ver si recibe la



muerte en vísperas de su boda con la misma indiferencia que hace seis años, cuando comía cerezas.

Diciendo estas palabras levantóse Silvio y se puso a pasear con agitación como un tigre en su jaula. Yo le escuchaba en silencio, agitado por los sentimientos más contradictorios.

Entró el criado a anunciarle que los caballos estaban listos. Silvio me estrechó con fuerza la mano; nos abrazamos y subió al coche, donde entre las maletas se veía la caja de pistolas. Nos despedimos y arrancaron los caballos.

## II

Pocos años después, las circunstancias me obligaron a establecerme en una pobre aldea del distrito de N. Ocupado en la agricultura, no dejaba de suspirar pensando en la grata bulliciosa existencia que había llevado hasta entonces. Lo que más trabajo me costaba, dadas mis costumbres anteriores, era pasar en triste soledad las largas noches invernales. Hasta

la hora de la cena lograba distraerme charlando con el *starosta*, recorriendo los campos o disponiendo nuevos trabajos; pero tan luego empezaba a oscurecer, no sabía qué hacer con mi persona. Los pocos libros que hallé en un armario me los sabía ya de memoria, lo mismo que los cuentos del ama de llaves, y las canciones de los aldeanos me aburrían. A punto estuve de entregarme a la bebida, pero me dolía la cabeza y temía, además, convertirme en borracho de la peor especie, en borracho por tristeza, de los que abundaban en el distrito.

No tenía yo vecinos próximos, como no fueran dos o tres, tan poseídos por el aburrimiento que más veces suspiraban que hablaban. La soledad era preferible. A la postre, resolví cenar lo más tarde posible y acostarme lo antes que pudiera, de modo que la noche se hiciera corta y largo el día.

A cuatro leguas de mi aldea estaba la hermosa finca del conde B\*\*\*, pero en ella sólo vivía por entonces el administrador, pues la Condesa sólo una vez la había visitado y para eso no pasó en ella más que un mes, en los

primeros tiempos de casada. Esto no obstante, en el segundo otoño que pasé en mi aldea llegó hasta mí el rumor de que la Condesa, acompañada de su esposo, iba a pasar el verano en la finca. En efecto, llegaron a principios de julio.

La llegada de un vecino rico forma época para los que viven en el campo. Los propietarios próximos y sus criados hablan de ella un mes antes y tres años después. Por lo que a mí hace, debo confesar que la llegada de una vecina hermosa y joven me emocionó profundamente y que ardí en deseos de verla, por lo cual el domingo siguiente al en que llegaron me dirigí después del almuerzo a casa de los Condes para presentarles mis respetos en calidad de vecino más cercano.

Un lacayo me introdujo en el despacho del Conde y se retiró para anunciarme. El amplio despacho estaba amueblado con gran lujo; cubrían las paredes grandes estanterías llenas de libros y coronadas por bustos; sobre la chimenea de mármol había un enorme espejo; cubría el suelo mullida alfombra verde, así como soberbios

tapices. Desacostumbrado a aquellos esplendores en mi humilde vivienda, me admiré de ellos y aguardé al Conde con cierta timidez, semejante a la del pretendiente de provincias que visita a un ministro. Abrióse la puerta y entró un hombre como de treinta años, de bella presencia. Acercóse a mí el Conde, sonriente y amable, y me interrumpió apenas comencé a presentarle mis respetos. Nos sentamos. Su conversación, grata y amistosa, disipó mi timidez, y ya empezaba yo a recobrar mi sangre fría, cuando se abrió la puerta, y presentándose la Condesa, perdí nuevamente los estribos. Era, en verdad, una belleza. El Conde me presentó a ella; quise yo hacer del displicente; pero, lejos de conseguirlo, cuanto más alarde hacía de indiferencia, más torpe me resultaba a mí mismo. Ellos, para tranquilizarme, pusieronse a hablar entre sí, tratándome como a un antiguo conocido, sin ceremonia alguna. Mientras hablaban, me paseé de un lado a otro, mirando los cuadros y los libros. No soy entendido en pinturas, mas una de ellas me llamó la atención. Represen-

taba un paisaje de Suiza y me sorprendió, no por la belleza, sino por estar el lienzo perforado por dos balas.

—¡Buen disparo! —exclamé, dirigiéndome al Conde.

—Sí—me contestó—, fué un disparo muy notable. Y usted, ¿tira bien a pistola?

—Lo bastante—repliqué, celebrando que la conversación recayera sobre un tema en el cual era entendido—. A treinta pasos atravieso una carta, claro es que con un arma conocida.

—¿De veras?—preguntó la Condesa, dando muestras de interés—. ¿Y tú eres capaz de eso también?—le preguntó a su esposo.

—Alguna vez que otra—contestó éste—. Ya probaremos. Hubo un tiempo en que tiraba yo bastante bien; pero de cuatro años a esta parte no he cogido una pistola.

—Entonces—dije yo—me temo que no le dé usted a una carta ni siquiera a veinte pasos, porque la pistola exige una práctica constante. Lo sé por experiencia. En nuestro regimiento pasaba yo por uno de los mejores tirado-

res. Una vez estuve un mes entero sin tirar, porque había mandado mis pistolas al armero. Y ¿sabe usted lo que me pasó? La primera vez que volví a tirar marré una botella a veinte pasos de distancia. Si quiere usted seguir tirando bien no debe hacer eso. El mejor tirador que he conocido se ejercitaba todos los días, tres veces por lo menos, antes de la comida. Era un aperitivo para él.

El Conde y la Condesa se alegraban de mi verbosidad.

—¿Qué tal tiraba? —preguntó el Conde.

—Pues verá usted. Veía una mosca en la pared... —¿Se ríe usted, Condesa? Pues nada más cierto. —Veía una mosca en la pared y llamaba a su criado. Este le traía una pistola cargada, y él disparaba y aplastaba la mosca.

—¡Maravilloso! —exclamó el Conde.

—¿Cómo se llamaba?

—Silvio.

—¿Silvio? —dijo el Conde dando un salto—. ¿Usted ha conocido a Silvio?

—¿Cómo no? Fuí amigo suyo. En nuestro regimiento le recibían como a un amigo, pero hace cinco años que

nada sé de él. ¿Le conocía usted también?

—Le conocía muy bien. ¿Acaso no le contó a usted un suceso muy extraño?

—¿Lo del bofetón que le dió en un baile un rival suyo?

—¿Le dijo a usted el nombre del rival?

—No, no me lo dijo. Pero, perdone usted, Conde —añadí—, tal vez fué usted y en ese caso...

—Sí, yo fuí, y ese cuadro agujereado por las balas es un recuerdo de nuestra última entrevista.

—¡No hables de eso, por Dios! —exclamó la Condesa—. No tengo valor para escucharlo.

—Perdona, pero lo contaré todo. Este señor sabe cómo ofendí a su amigo; bueno es que sepa cómo se vengó Silvio.

El Conde me rogó que me sentase, y yo, con gran curiosidad, oí el siguiente relato:

—Hace cinco años me casé, y el primer mes de matrimonio, la luna de miel, la pasamos en este pueblo. A esta casa le debo los mejores instantes

de mi vida a la par que los recuerdos más penosos de ella. Una tarde salimos juntos a caballo; el caballo de mi mujer se asustó y ella me entregó las riendas, dejó la silla y volvió a pie. Yo iba delante a caballo. En el patio vi un coche de camino y los criados me dijeron que en el despacho me esperaba un caballero que no había querido decir su nombre, pero sí que tenía que hablarme con urgencia. Entré en mi cuarto y vi en la oscuridad a un hombre cubierto de polvo. Me acerqué a él y traté de recordar sus facciones.

—¿No me conoces, Conde? —dijo con voz temblorosa.

—¡Silvio! —exclamé yo. Y confieso que se me erizaron los cabellos.

—El mismo —replicó—. Tengo un disparo a mi favor y he venido a descargar mi pistola. ¿Estás pronto?

Por el bolsillo de su gabán asomaba una pistola. Yo medí doce pasos y quedé en pie, allí, en el rincón, rogándole que disparase pronto, antes de que volviera mi mujer. Vaciló entonces y pidió lumbre. Le di una vela. Cerré la puerta, ordenando que no entrase nadie y de nuevo le supliqué



que disparase. Sacó la pistola y apuntó... Conté los segundos, pensé en ella... Fué un minuto horrible. Silvio bajó el brazo.

—Siento que la pistola no esté cargada con huesos de cereza—dijo—; las balas pesan. Además, pareceme que esto no es un duelo, sino un asesinato, y yo no tengo costumbre de matar a los indefensos. Echemos suertes otra vez, y veamos a quién le toca disparar primero.

Me negué a ello.

Por último, cargamos otra pistola; echamos dos papeles numerados en la gorra que en otro tiempo atravesara yo de un balazo, y saqué de nuevo el número uno.

—Eres, por vida mía, afortunado, Conde—exclamó con una sonrisa que nunca olvidaré. No sé lo que pasó por mí, ni qué impulso me movió a ello, pero sí que disparé y que la bala dió en ese cuadro.

El Conde señaló con el dedo el paisaje suizo; su rostro estaba encendido; el de la Condesa, muy pálido. Yo escuchaba con viva curiosidad.

—Disparé—prosiguió el Conde—y,

a Dios gracias, erré el tiro. Silvio entonces, con semblante fiero, apuntó lentamente hacia mí. De pronto, se abrió la puerta; María entró corriendo, y dando un grito se abrazó a mí. Su presencia me devolvió la sangre fría.

—Querida mía—le dije—, ¿no ves que estamos de broma? ¿Por qué te asustas? Ven, bebe un sorbo de agua y te presentaré a un antiguo compañero y amigo mío.

María no me dió crédito.

—¿Es verdad lo que dice mi marido?—preguntó, volviéndose hacia Silvio—. ¿Es cierto que están ustedes de broma?

—Su marido de usted está siempre de broma, Condesa—dijo Silvio—. Una vez me dió, bromeando, un bofetón; luego me agujereó esta gorra de un balazo, siempre de broma, y hace un momento, si no yerra el tiro, hubiera puesto fin a mis días, también de broma. Ahora, el que tiene ganas de bromear, soy yo.

Y diciendo estas palabras, volvió a apuntarme, en presencia de mi mujer. María se arrojó a sus pies.

—¡Levántate, marcha, eso es una

vergüenza!—le grité, loco de furor—. Y usted, caballero, tenga la bondad de no burlarse de una mujer. ¿Dispara usted o no?

—No, no disparo—replicó Silvio—; estoy satisfecho; he visto tu confusión, tu dolor y tus celos; te he obligado a disparar contra mí. Con eso me basta. Te acordarás de mí. Te entrego a tu conciencia.

Al pronunciar estas palabras fué a salir; pero de pronto se paró en el dintel, vió el cuadro agujereado por mí, disparó sobre él su pistola, casi sin apuntar, y desapareció. Mi mujer se había desmayado; mis criados no se atrevieron a detenerle, por el miedo que su actitud les infundiera, y pudo salir al patio, llamar al cochero y marchar tranquilamente en el coche que lo trajo antes de que yo recobrase la calma.

Calló el Conde. De este modo supe el final del cuento, cuyo principio tanto me sorprendió. No volví a ver al protagonista de él. Me dijeron que Silvio, en tiempo de la rebelión de Alejandro Ipsilanti, mandaba una compañía griega y murió en un combate.



# ÍNDICE

---

	<u>PÁG.</u>
AL QUE LEYERE.....	5
LA HIDALGA CAMPESINA.....	11
AZAR EN EL JUEGO.....	55
EL DESAFÍO.....	109













YA 07350

U. C. BERKELEY LIBRARIES



C043215502

348801

*Push line*

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



